

**EL ALFAR DE ÉPOCA MODERNA DEL JARDÍN DE CANO
(EL PUERTO DE SANTA MARÍA) Y LAS PRODUCCIONES CERÁMICAS
DE LA BAHÍA DE CÁDIZ ENTRE LOS SIGLOS XVII Y XVIII**

**THE MODERN-ERA POTTERY w ORKSHOP OF *El Jardín de Cano*
(EL PUERTO DE SANTA MARÍA) AND THE CERAMIC PRODUCTIONS
IN THE BAY OF CÁDIZ FROM THE SEVENTEENTH
TO THE EIGHTEENTH CENTURIES**

Resumen: El alfar de época moderna del Jardín de Cano es el primero de este período hallado completo en la Bahía de Cádiz. La documentación además de una gran cantidad de cerámicas, nos ha posibilitado sistematizar las producciones alfareras más significativas de la Bahía de Cádiz en el tránsito entre los siglos XVII y XVIII.

La producción fundamental de este alfar comprende cerámica común que arraiga en tradiciones populares andaluzas. Sin embargo, presenta como particularidad la incorporación de novedosas tecnologías relacionadas con el vidriado de cerámicas, que también se estaban empleando en otros grandes centros alfareros castellanos de la misma época como los de Triana (Sevilla) o los de Talavera de la Reina (Toledo). Los motivos decorativos de las cerámicas más sofisticadas se inspiran además en repertorios de influencia holandesa y portuguesa, como marcaba la moda de aquel momento.

Palabras clave: alfar, torno, horno, testar, cerámica moderna.

Abstract: The modern-era pottery workshop of *El Jardín de Cano* is the first of this period which has been found complete in the Bay of Cádiz. As well as a large number of ceramics, the documentation has enabled us to systematize the most significant pottery productions in the Bay of Cádiz during the transition from the seventeenth to the eighteenth century.

The fundamental production of this pottery workshop comprises common ceramics rooted in Andalusian folk traditions. However, its distinctive feature is the incorporation of novel pottery technologies related to the glazing of ceramics, which were also being used in other important Spanish pottery centres of the same period, such as Triana (Seville) or Talavera de la Reina (Toledo). The decorative motifs of the more sophisticated ceramics are also inspired by repertoires of Dutch and Portuguese influence, as required by the fashion of the day.

Keywords: pottery workshop, potter's wheel, potter's oven, modern ceramics

En este trabajo retomamos la publicación del segundo de los alfares documentados durante las excavaciones arqueológicas realizadas en el solar del Jardín de Cano en 2006. Como ya señalamos en su momento, el afloramiento

¹ Directora de la Intervención Arqueológica en el Jardín de Cano. Miembro del Grupo de Investigación HUM- 509. Universidad de Cádiz. Dirección electrónica: ester.lopez@uca.es.

² Profesor de Prehistoria de la Universidad de Cádiz. Miembro del Grupo de Investigación HUM-509. Dirección electrónica: jantonio.ruiz@uca.es.

Fechas de recepción, evaluación y aceptación del estudio: 16-I-2012, 15-V-2012 y -07-VI-2012.

natural de arcilla roja de buena calidad y la proximidad del río Guadalete, que abastecía de agua a esta zona industrial y posibilitaba el transporte de mercancías, explican que se hayan documentado dos talleres alfareros tan próximos en el espacio aunque muy distantes en el tiempo³.

El alfar más antiguo se fechó en época romana altoimperial, fundamentalmente en el siglo I de la era y, a pesar de que en el municipio no tenemos constancia de producciones alfareras durante la época medieval, es posible que existieran bien en la población de *Al Qanatir* o en las numerosas alquerías documentadas en la campiña portuense⁴. Es probable que, como la mayor parte de las producciones alfareras andaluzas, exista una base de tradiciones “moriscas” aunque, en líneas generales, la alfarería de época moderna en todo el Bajo Guadalquivir y Bahía de Cádiz viene influenciada por el desarrollo de los talleres de Triana, el barrio alfarero de Sevilla, que a partir del siglo XVI bebe de influencias italianas con la introducción de nuevas tecnologías y estilos decorativos.

Sobre la producción de cerámicas en época moderna en la propia ciudad de El Puerto de Santa María hay que mencionar los restos de atifles documentados en la c/ Ganado 21, en cuyos alrededores ya se planteaba la posibilidad de la existencia de un alfar de producción local de cerámicas vidriadas propia de la época de los Austrias⁵. También contamos con varios contextos arqueológicos que han servido para sistematizar las producciones alfareras de época moderna. El primero de ellos fue hallado en 1993 durante las excavaciones arqueológicas de apoyo a la restauración de las bóvedas del coro del Monasterio de La Victoria, cuya construcción data de la primera mitad del siglo XVI⁶. En 1994 el Museo Municipal realizó una exposición con los restos cerámicos documentados en La Victoria, como primer avance para la sistematización de las cerámicas populares en la ciudad de El Puerto en época moderna⁷. A este trabajo hay que añadir el estudio monográfico sobre los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas en la Plaza de Isaac Peral⁸ que, junto a los hallazgos de otras intervenciones practicadas en el casco urbano de la ciudad, pusieron las bases para el conocimiento de las cerámicas de esta época y constituyen una parte muy importante de la tesis doctoral de uno de nosotros⁹.

³ López Rosendo (2008).

⁴ López Amador *et alii* (1988).

⁵ Giles Pacheco *et alii* (1995:145-149).

⁶ Córdoba Alonso (1997).

⁷ Ruiz Gil y López (1997).

⁸ Giles Pacheco *et alii* (1997).

⁹ Ruiz Gil (1999). Publicación on line 3090422 de ProQuest, ISBN: 0-493-05216-X. Y Universidad de Huelva http://columbus.uhu.es/record=b1513479-S1*spl..

Las excavaciones realizadas en los talleres alfareros del Jardín de Cano aportan a la arqueología de El Puerto de Santa María nuevos datos para el conocimiento del funcionamiento de un alfar tradicional, y contribuyen a llenar un vacío de conocimiento sobre las producciones cerámicas locales de varios períodos muy significativos para la historia de esta ciudad. Con el objetivo de poder entender el funcionamiento de estas industrias hemos recurrido al estudio etnográfico de otros talleres de gran tradición en Andalucía¹⁰. También hemos visitado el Museo de Cerámica “Ruiz de Luna” en Talavera de la Reina, uno de los centros alfareros más importantes de Castilla en época moderna¹¹, la Colección Carranza conservada en el Museo Provincial de Santa Cruz de Toledo, así como el Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias “González Martí” de Valencia, que cuenta con representaciones de los alfares de Paterna y Manises¹², el Museo Nacional de Artes Decorativas de Madrid, el Museo Nacional de Arte Antiga de Portugal así como el Museo de la Fundação Ricardo do Espírito Santo Silva en Lisboa. Hemos contado también con la aportación de otras experiencias arqueológicas gracias a los comentarios ofrecidos por algunos arqueólogos que han trabajado en los talleres de Triana y Jerez de la Frontera, municipio este último que cuenta además con documentación archivística referente a las múltiples facetas de esta actividad artesanal¹³. Ante el desconocimiento del oficio alfarero en la ciudad de El Puerto de Santa María, la Arqueología urbana viene a ofrecer vestigios materiales de una actividad industrial destinada al abastecimiento de cerámicas, ya extinguida en este municipio desde hace décadas.

I. El yacimiento arqueológico

Recordemos que el solar del Jardín de Cano, de unos 20.000 m², ocupaba el límite norte de El Puerto de Santa María, justo al final de la zona urbanizada en la ciudad histórica a finales del siglo XVIII cuando constituía una zona de jardines, como su propio nombre indica [fig. 1]. La finca ocupaba una manzana completa, documentada en la cartografía histórica de la ciudad, desde al menos

¹⁰ Ortiz García *et alii* (1981).

¹¹ Martínez Caviro (1984); Ocaña Rodríguez *et alii* (2006).

¹² Mesquida García (1992); Amigues y Mesquida (1995).

¹³ Álvarez González y Martínez (1993). En Jerez se ha documentado numerosos alfares islámicos en la Plaza del Arenal y en la Plaza Esteve y la fabricación de vidrio plomo y verde en época tardomedieval en la c/ Sevilla. Entre los depósitos de las bóvedas de Santo Domingo, fechados entre los siglos XVI y XVII, se han documentado fallos de cocción de alfar (“loza quebrada”) por lo que las cerámicas comunes parecen estar producidas en la propia localidad (Barrionuevo Contreras 2008/09). Agradecemos a los arqueólogos del Servicio Municipal de Arqueología, D. Francisco Barrionuevo y D. Laureano Aguilar, la información sobre los alfares de época moderna documentados en Jerez así como la bibliografía proporcionada.

el siglo XVIII (por no conocerse documentación gráfica anterior a esta fecha) y pertenecía, a finales de dicha centuria, a un único propietario llamado Manuel Cano, del que recibe su nombre. Al menos desde esta época está delimitada por tres calles: al Nordeste la c/ Santísima Trinidad, que hace esquina al Este con la c/ La Rosa y al Sudeste la c/ Espíritu Santo, que cierra en la esquina oeste del solar con la Avenida Sanlúcar de Barrameda.

La primera referencia a la existencia de restos arqueológicos en el solar del Jardín de Cano está reflejada en el informe sobre los “Resultados de la excavación arqueológica de urgencia en la c/ Ganado nº 21 de El Puerto de Santa María”, presentada con motivo de la actividad desarrollada en este solar en el año 1992¹⁴. En la página 1 de este informe se hace referencia a algunos restos arqueológicos de época romana recogidos por el Museo Municipal en algunos solares de la ciudad de El Puerto de Santa María, entre los que se cita el Jardín de Cano. Sin embargo, el yacimiento arqueológico permanecía inédito y fue dado de alta en un informe emitido por el arqueólogo municipal en junio de 2005¹⁵.

El nuevo proyecto de edificación planteado en la manzana del antiguo Jardín de Cano tenía como finalidad la construcción de varios edificios de uso residencial con garajes. Con motivo de la construcción de estos sótanos se procedió a la limpieza de las parcelas en todo el recinto. Sólo en aquellas más próximas a las calles La Rosa y Santísima Trinidad se documentaron algunas estructuras arqueológicas [fig. 2]. La limpieza de la parcela de la calle La Rosa, bajo en antiguo nº 2 (hoy desaparecido), permitió localizar casi en superficie un horno romano del siglo I a.C. que se veía afectado por las obras de aplanamiento del suelo de la urbanización. La importancia de este hallazgo de carácter industrial, así como su antigüedad (ánforas tardopúnicas y romano-republicanas) y el desconocimiento histórico que se tenía de este sector de la ciudad anterior al siglo XVIII, hicieron necesario el control arqueológico de las obras, que se desarrollaron entre los meses de marzo y septiembre de 2006¹⁶.

¹⁴ Giles Pacheco *et alii* (1995: 139).

¹⁵ Informe emitido el día 23 de junio de 2005 por D. Francisco Giles Pacheco, director del Museo Arqueológico Municipal de El Puerto de Santa María, a la delegada provincial de cultura de la Junta de Andalucía en Cádiz, en el que se informa de que durante el desmonte de la finca denominada Jardín de Cano, en la c/ Santísima Trinidad esquina con la c/ La Rosa, aparecieron restos de “una estructura circular de ladrillo y argamasa de cal y arena, que corresponde a los restos de un horno de ánforas y cerámicas, así como los restos de un asentamiento también de época romana”.

¹⁶ López Rosendo (2008, 2010a y 2010d)

El alfar de los siglos XVII y XVIII

“¿Se fabricó cerámica en El Puerto de Santa María durante la Edad Moderna?”. Con este interrogante se planteó la hipótesis de trabajo en el punto 4.2 de la memoria de excavación realizada en la calle Ganado 21 en 1992¹⁷. En este solar se recuperaron hasta siete fragmentos de atifles de dos tipos diferentes, uno de ellos con restos de vidrio melado en la punta, además de escorias de vidrio que hicieron plantear la posibilidad de la existencia de un alfar de vidrio de cerámicas en las proximidades. También a extramuros de la ciudad, en el solar de la c/ Virgen de los Milagros nº 75 se documentó otro fragmento de atifle con un goterón de vidrio melado, que indica la fabricación de vajillas meladas, propias de fines del siglo XV y comienzos del XVI, en un momento en el que este sector formaba parte de los arrabales desarrollados en la periferia sudeste de la ciudad medieval¹⁸.

El alfar de época moderna excavado en el Jardín de Cano supone la primera industria de cerámicas del siglo XVII/XVIII documentada, no sólo en la ciudad de El Puerto de Santa María, sino en toda la Bahía de Cádiz. Constituye una fábrica de pequeñas dimensiones y de estructuras rudimentarias destinadas a la alfarería de carácter tradicional, aunque comprende una serie de elementos que pueden explicar el funcionamiento en un alfar de fabricación de cerámicas. Pertenecen a esta factoría cuatro hornos alfareros de pequeñas dimensiones, dos posibles almacenes subterráneos excavados en la marga natural del terreno y de desarrollo cilíndrico, cinco estructuras con senos centrales, de las que tres conservan todavía los cantos de río trabajados con huellas de apoyo del eje de los tornos giratorios, una fosa posiblemente destinada a la precipitación del barro y un gran testar lleno de desechos de alfar y piezas defectuosas relacionadas con la fabricación y el vidrioado de cerámicas. Todos estos elementos se documentaron en la cuadrícula C-1 del solar, localizada en la zona central de la parcela que se orienta hacia la c/ La Rosa [figs. 3 y 4].

Las estructuras se distribuyen, a nivel espacial, en dos áreas bien diferenciadas dentro del alfar:

- Por un lado, la zona colindante con la c/ La Rosa se puede considerar la “Zona nuclear de torneado de cerámicas”, donde se modelaban las piezas en crudo mediante el empleo de tornos giratorios, abastecidos de agua, y con almacenes subterráneos para guardar el barro.

¹⁷ Giles Pacheco *et alii* (1995:145).

¹⁸ López Rosendo y Torres (e.p.)

- Por otro lado, y posiblemente relacionado con un espacio al aire libre desarrollado en la parte noroccidental del alfar, se encuentra la “Zona de cocción de cerámicas”, donde fundamentalmente se han localizado los cuatro hornos alfareros y el testar lleno de piezas defectuosas. Junto a los hornos también se ha documentado una estructura excavada en la marga natural que puede ser interpretada como una “balsa de preparación de la arcilla”.

II. a. La cantera de arcilla

El primer proceso para la fabricación de cerámicas era la extracción de la arcilla de las vetas de buena calidad. Es posible que la elección de este solar para el establecimiento de industrias alfareras no fuese casual, debido a la coincidencia en la detección de dos alfares de fabricación de cerámicas tan próximos, aunque correspondientes a dos períodos históricos tan distantes en el tiempo. Creemos que el afloramiento de la cantera de arcilla y la proximidad del río Guadalete fueron motivos suficientes para considerarlo un lugar apto para las instalaciones industriales, además de ser un espacio periférico de la ciudad que posibilitaba que los humos provocados por la combustión de los hornos no afectasen a la población, en ninguno de los momentos históricos que funcionó como tal.

En Jerez se conservan documentos muy antiguos que datan de mediados del siglo XV, en los que se habla de que las canteras de arcilla destinadas a la explotación alfarera eran de propiedad municipal o bien de realengo. Sin embargo, a comienzos del XVI se descubren nuevos barreros en una propiedad privada a cuyo dueño se le ofrece la posibilidad de explotar su cantera a cambio de un alquiler. La elección de canteras de buena calidad y la obtención del barro estaban perfectamente reguladas por las normativas municipales, conformando además una de las facetas fundamentales de formación de los profesionales de la alfarería¹⁹.

Aunque en los archivos históricos de El Puerto apenas contamos con textos que traten sobre la regulación de las diversas facetas relacionadas con la alfarería²⁰ existen documentos de 1725²¹ y 1733²² en los que el cabildo municipal

¹⁹ Álvarez González y Martínez (1993: 9 y 10).

²⁰ Queremos agradecer la posibilidad de consultar estos documentos a D^a Ana Becerra, del Archivo Histórico Municipal de El Puerto de Santa María.

²¹ Cabildo de 7 de abril de 1725 (folio 47 vuelto.)

²² Cabildo de 30 de mayo de 1733 (folio 86).

otorga licencia a los maestros cantareros “para poder sacar barro del camino de El Tejar bajo la obligación y fianza de que allanaran los cerros y taparan los hoyos”²³. Estos datos confirman la existencia de un oficio especializado de cantareros en El Puerto, dato que queda reflejado además en el entramado urbano del siglo XVIII por la existencia de una calle denominada Cantarería, actual c/ Pedro de Villa, que formaría parte de un barrio de artesanos de la alfarería o bien dedicados a la venta de cántaros en la ciudad²⁴. Recientemente hemos tenido ocasión de comprobar la existencia de una posible cantera de barro asociada a los restos de un antiguo arroyo (tal vez el citado como Sangarriana en la documentación), situada a unos escasos cien metros de la calle Cantarería, en el paraje conocido como La Angelita.

II. b. Balsa de preparación de la arcilla

Una vez extraída la materia prima, las instalaciones para depurar el barro se solían establecer próximas a las industrias aprovechando los espacios al aire libre y la disponibilidad de agua en las cercanías²⁵. En los archivos históricos de Jerez, en el siglo XVII existen referencias al funcionamiento de los “alfares de rivera”, próximos al Arroyo de Curtidores, y a la necesidad de regular el abastecimiento de agua para la industria alfarera²⁶.

En los alfares de época moderna se conocen diversos tipos de balsas de decantación, donde se producía la mezcla de la arcilla con el agua, así como el pisado y el amasado del barro. Tras el proceso de la mezcla, la arcilla se dejaba reposar en las balsas. En el fondo de estas cubetas, el barro asentado formaba estratos de diferentes calidades, según el peso y la densidad de las partículas de arcilla diluidas en la masa cerámica.

La fosa B-II, localizada en la cuadrícula C-1 del alfar del Jardín de Cano, se puede interpretar como una balsa de decantación de arcilla, aunque con posterioridad fue reutilizada como testar para los vertidos defectuosos de la cocción. Se trata de una estructura de planta ligeramente rectangular excavada en la marga natural del terreno, de 3 m de largo (este-oeste) por 2.45 m (norte-sur). Presenta dos zonas bien diferenciadas por su estructura y por las diferentes profundidades que alcanzan. La parte superior, localizada al sudoeste de la fosa y a una cota más alta, presenta una planta en forma de bañera orientada de noroeste

²³ Romero Medina (2011: 32, nota 18).

²⁴ Leiva Sánchez (2010: 445-448)

²⁵ Posiblemente relacionada con el Arroyo de Los Molinos, un antiguo brazo del Guadalete.

²⁶ Álvarez González y Martínez (1993:10)

a sudeste, de tamaño 2.60 a 0.70 m, y 0.21 m de profundidad. De su lateral este arrancan cuatro canalillos de sección semicilíndrica, también excavados en la marga natural del terreno, que vierten hacia una fosa que se encuentra en el lado opuesto y a una cota más baja. Los canalillos se desarrollan en pendiente (de unos 22°) y paralelos, con profundidades que varían entre los 9 y los 9.5 cm, y separados unos de otros por unos muretes de 0.38 m de ancho. Presentan una orientación oeste-este y longitudes que varían entre 1 m (el canal más al sur) y 1.20 m (el canal al norte). Al final de los canalillos se localiza la segunda fosa que constituye la cota más profunda de la estructura. Presenta también una planta de forma oval con dimensiones de 1.65 m por 0.90 y 0.34 de profundidad. Tanto las dos fosas ovales como los canalillos, que las ponen en conexión, se adaptan a la topografía natural del terreno en pendiente, hecho que no creemos casual ya que toda la fosa B-II parece constituir los restos de una estructura de vertido de algún elemento líquido, posiblemente destinado a la precipitación del barro.

II. c. La zona nuclear

La zona de modelado del barro solía corresponder a un espacio cubierto, una especie de pequeño edificio denominado en la alfarería tradicional andaluza “obrador (de cerámicas)”, por ser el lugar donde se daba forma a las piezas de barro. En esta zona del alfar se encontraban los tornos alfareros, cercanos a los cuales se solían disponer algunas piletas o pozos de agua necesarios para el trabajo del modelado, así como los almacenes del barro, tanto de pellas como de las piezas ya conformadas que se dejaban secar, protegidas de la intemperie, antes de ser horneadas.

II. c.1. Los almacenes de conservación o pudrideros

Con posterioridad al proceso de decantación, la arcilla se dejaba secar, cortando el barro para que se aireara por el interior y en las partes más profundas de las balsas. El paso siguiente era cuartear el barro y extraerlo en pellas que se almacenaban en “jaraices”, “putrideros” o “pudrideros”. Estos depósitos normalmente eran subterráneos, a veces en forma de pozos o silos aislados de la luz del sol y donde la temperatura se mantenía estable. En estos almacenes se conservaban las pellas apiladas unos seis meses, durante los cuales se descomponía la materia orgánica que pudiera contener el barro. Con este proceso, el barro ya estaba listo para ser modelado y fabricar con él en crudo las piezas de cerámica.

Asociados al área nuclear del alfar de época moderna del Jardín de Cano, hemos documentado dos grandes pozos excavados en la marga natural del terreno que podemos interpretar como “pudrideros”. El denominado B-VIII constituye una fosa de grandes dimensiones excavada en la marga natural y con una estructura siliforme, aunque con fondo plano a 2.36 m de profundidad. Su excavación documentó una estructura cilíndrica, de unos 2.5 m de diámetro interior y paredes ligeramente convergentes. Estaba relleno, a techo, por un gran desplome de piedras y sillares de arenisca, pedazos de tejas curvas y estucos blancos, que puede tratarse del derrumbe de una estructura constructiva aérea. Por debajo de este derrumbe y, a partir de un metro de profundidad, se desarrollaba un relleno de tierra limosa de color pardo claro muy limpia y con pocos fragmentos de cerámicas en su composición, posiblemente restos del barro almacenado y desmoronado al cabo de los años.

Otro de estos almacenes pudo ser el depósito B-XII, ubicado en el extremo sureste del alfar. El interior de este pozo era perfectamente cilíndrico, con paredes verticales excavadas en la marga y un diámetro de 2.40 m. El relleno de este pozo ofreció elementos muy interesantes para reconstruir el funcionamiento de este alfar de época moderna, ya que dentro recuperamos un fragmento de la valva de un molde de terracota. También apareció en el relleno, en la capa más superficial, una gran acumulación de clavos de hierro que se disponían de manera radial a la boca del pozo. En el depósito inferior se acumulaba una gran cantidad de restos de pipas de caolín, la mayor parte quemadas, dentro de una matriz de ceniza que parece el resultado del vertido de la limpieza de un horno. Por debajo de este estrato se acumulaba un nivel de arcilla roja muy suelta, con cascotes y cerámicas bizcochadas. Desde esta profundidad y hasta el fondo del pozo, a unos 2.90 m desde la superficie, se acumulaban depósitos de tierra pardo oscura de diversos espesores que se alternaban, de vez en cuando, con lechadas de barro fino limoso muy depurado, posiblemente empleado para el modelado de cerámicas, y estériles a nivel arqueológico. Hay que señalar también el hallazgo en el interior de este pozo, de cuatro monedas de bronce reselladas que ofrecen una cronología estimada para el funcionamiento de este alfar a partir de los reinados de Felipe IV y Carlos II, en la segunda mitad del siglo XVII.

II. c.2. Los tornos

Entre los restos más significativos hallados en este alfar de época moderna hay que señalar la detección de cinco fosas excavadas en el suelo que corresponden a las bases soterradas de los tornos rotatorios del alfar [ilustración 1]. Estas estructuras (B-VII, B-IX/X y B-XVI) se distribuyen de manera perimetral a un

espacio rectangular de unos 18 m de longitud por 8 de anchura, paralelo a la c/ La Rosa, que integra en su interior los dos depósitos subterráneos que hemos interpretado como pudrideros.

La fosa semiesférica B-IX fue localizada en el extremo sudoeste del alfar de época moderna y próxima a la pared sur de la parcela. Se trata de una pequeña cavidad circular excavada en la marga natural del terreno, de 1.20 m de diámetro. La excavación ofreció como resultado una estructura de paredes divergentes y fondo cóncavo, de 0.30 m de profundidad. La piedra del torno estaba embutida en la parte central de una pequeña fosa excavada al fondo. Al sudoeste de esta estructura se documentó la fosa B-X que también corresponde a un seno cóncavo separado del anterior por un murete de 0.35 m. Presenta aproximadamente 1 m de diámetro, con paredes convergentes y alcanza una profundidad máxima de 0.65 m. Estas dos fosas de tornos se disponen en paralelo al muro sur de la parcela. También la fosa B-XVI, localizada al este del alfar, presenta un diámetro interior de 1.26 m y una profundidad máxima de 0.5 m. En la parte central del fondo presenta, al igual que en los casos anteriores, una pequeña fosa rellena de barro blanco verdoso que servía para afianzar la piedra del torno rotatorio. En este caso, está constituido por un gran canto rodado cuarcítico con una perforación cónica central, donde aún se observan las huellas del roce dejadas por el eje rotatorio.

El eje de estos tornos se disponía completamente vertical y rotaba sobre la piedra encajada en el pequeño orificio central, practicado al fondo de las fosas semiesféricas. Tres de estas piedras de torno alfarero fueron documentadas *in situ* (B-IX, B-X y B-XVI), pero posiblemente existieran otras dos más integradas en los dos senos que formaban la estructura B-VII. Estas piedras, de naturaleza muy dura, fueron cimentadas mediante un aglutinante de barro o arcilla roja. El torno giratorio sería de madera y estaría constituido por un eje rotatorio, con una plataforma móvil a la altura de la rasante del suelo. En estas estructuras, la rueda del torno quedaba integrada dentro del orificio semicircular subterráneo, mientras que el resto del eje y la torneta quedaban en vertical y al aire permitiendo que el alfarero, sentado en un taburete bajo, apoyara un pie en el suelo mientras que con el otro hacía rotar el torno. El resto de la estructura de los tornos quedaría sobreelevada por encima de esta estructura de manera aérea, la parte que quedaba al exterior de la fosa sería la propia mesa de torneado. En la zona superficial de la fosa B-XII fue hallada una gran cantidad de clavos de hierro alrededor de la boca de esta fosa, que pudieron estar integrados en una estructura circular de madera que no se ha conservado. Es posible que esta estructura de madera correspondiese al armazón de alguna mesa rotatoria que fue vertida a este depósito, junto al resto de los desechos de alfar que fueron documentados

en su interior. Pertenecen al tipo de estructura que en los alfares de Paterna (Valencia) son denominados “tornos semienterrados”, que son de origen medieval y se remontan al siglo XIII²⁷, aunque en Andalucía algunos alfares tradicionales que presentan el denominado “torno hundido” tienen precedentes en la alfarería árabe, como se documenta en Morón, en Lebrija o en El Viso²⁸.

II. c.3. Las balsetas para la mezcla de la arcilla

En la base de la pared sur de la parcela, donde se localiza el alfar, se ha documentado un conjunto de pequeñas cavidades excavadas también en la marga natural del terreno, que se disponen en fila, en número de cuatro, casi equidistantes unas de otras (B-V, B-VI, B-XIV y B-XV). Presentan una planta de forma oval o rectangular, de entre 0.70 y 0.75 m de longitud por una anchura de 0.33 a 0.45 m, paredes convergentes y el fondo cóncavo a una profundidad media entre 0.20 y 0.33 m. Su disposición frente a las estructuras de torno alfarero B-IX/X, nos induce a considerarlas, en relación con éste, como balsetas para la mezcla de las pellas de barro con agua y aglutinantes. Este argumento viene además corroborado por la detección, en el interior de la fosa B-XIV, del fondo de una tinaja llena de cal así como un relleno de cenizas en casi todas ellas posiblemente empleadas como fundentes cerámicos²⁹.

II. d. La zona de cocción

Los hornos documentados en el alfar de época moderna son cuatro. Tres de ellos están localizados en la zona central del alfar y sólo el cuarto se ubica fuera de la cuadrícula C-1, hacia el noroeste y algo aislado de los demás. Se caracterizan, en general, por presentar únicamente una cámara de combustión, sin corredor de alimentación o “*praefurnium*”. Todas las cámaras son circulares, a excepción del pequeño horno H-III que presenta la planta piriforme, con un apéndice lateral. Debemos pensar que la alimentación del horno se haría desde un orificio practicado en la cúpula de la cámara o abierto en algún lateral. Las estructuras de combustión constituyen hornos de estructura bicameral posiblemente de tiro directo vertical, alimentado por la parte superior, aunque no se han conservado completos. En todos los hornos se han documentado, por el interior

²⁷ Amigues y Mesquida (1995:326)

²⁸ Ortiz García, Fernández y Carretero (1981:94, fig. 15)

²⁹ Las piezas vidriadas incluían además almidones para facilitar la fijación de la decoración sin que se diluyese al pasar el pincel.

y adosados a las paredes verticales de la cámara, numerosos pilares que soportarían la parrilla o bien servirían de arranque de los arcos que albergarían la cúpula que cubriría la cámara. Carecen pues de pilar central.

El relleno del interior de los hornos es bastante homogéneo. Presentan un primer nivel de arcilla roja y tejas modernas a techo que debemos interpretar como el depósito de oxidación, mientras que por debajo se localiza, en general, un nivel muy fino de cenizas de color gris provocado por la combustión de la leña [ilustración 2]. Sólo en este segundo nivel de cenizas se documentan restos de cerámicas fragmentadas y muchas veces achicharradas por acción del fuego, que nos informan acerca de los objetos fabricados en este alfar. Por lo general, se documentan fragmentos de pipas de caolín, algunos restos de jarritas finas bizcochadas y restos de platos vidriados en azul y blanco, con el esmalte craquelado debido a las altas temperaturas que soportaron. Los hornos que aparecieron con mayor cantidad de ceniza fueron el H-I y el H-III, posiblemente los últimos que estuvieron funcionando, mientras que el más limpio era el H-IV algo aislado del conjunto anterior.

El horno alfarero H-I, de 2.30 m de largo y 2.20 de ancho, conserva una profundidad máxima de 38.5 cm. Presenta una planta casi circular, sólo ligeramente apuntado al nordeste cerrado con ladrillos quemados por el interior. El fondo del horno presenta estructura cóncava y semisubterránea, excavada en la marga natural del terreno. Las paredes de adobes van en ascenso y en vertical, aunque sólo se conserva la última hilera de ladrillos, o primera en su construcción. Un elemento que destaca es el fondo de una pilastra (P-I) que se adosa a la cara interna del muro, en su lado noroeste. Es una impronta de forma cuadrangular de arcilla roja de 34 cm de largo por 33 de ancho, y no conserva altura porque está arrasada. Presenta otra posible pilastra adosada al este, también muy arrasada, de unos 31 cm de ancho y sección cuadrangular (P-II). Alrededor del horno hay una orla roja de la rubefacción del suelo colindante, que presenta una anchura de entre 10 y 20 cm.

El horno H-II conserva algo más de media cámara y se desarrolla, en parte, por debajo del horno H-I. Presenta 2.45 m de diámetro y una profundidad máxima de 1.08 m desde la superficie. Su parte visible se desarrolla hacia el norte, mientras que en el sur está amortizado por la superposición del horno posterior (H-I), a modo de reparación tras un derrumbe. De lo conservado del horno primigenio, se deduce el tamaño más grande de todos los que se han documentado en el alfar de época moderna. El fondo está excavado en la marga natural y es plano en la parte central, aunque con el arranque de las paredes ligeramente redondeadas. El alzado del muro perimetral de la cúpula alcanza una altura de

50 cm al oeste y 56 al este, y se desarrolla en vertical desde el fondo integrado en la fosa excavada en la marga. El alzado mejor conservado se localiza al oeste, donde presenta hasta cuatro hileras de ladrillos superpuestos. Quizás es por su gran tamaño por lo que presenta un mayor número de pilastras adosadas por su cara interna, hasta cuatro en el espacio conservado, que parecen estar agrupadas de tres en tres. El desplome de la parrilla aparece adosado a la cara anterior de los pilares del horno, sobre todo desarrollándose hacia el norte y nordeste en el interior de la cámara. El horno presenta una orla alrededor de arcilla roja de entre 10 y 7 cm de grosor. La construcción de este horno perforó la parte externa de un pozo de desarrollo cilíndrico (B-IV), excavado en el siglo XVI en la marga natural del terreno, y que fue documentado en el lateral noroeste al exterior del horno.

El horno H-III es el de menores dimensiones del alfar. Presenta la cabeceira orientada al noroeste y la entrada al sudeste de 1.95 m de largo y 1.45 de ancho, mientras que en el apéndice de alimentación al sudeste, la anchura es de 0.46 m. Alcanza una profundidad máxima de 0.70 m. El alzado se conserva integrado en la fosa, también semiexcavado en la marga. Los muros se realizaron con ladrillos dispuestos en hileras horizontales, que se conservan mejor en el lateral norte, con cuatro hileras. Pero la zona de la entrada del corredor o boca del horno sólo conserva una hilera de ladrillos. Las paredes presentan dos abultamientos amorfos y achicharrados que, en origen, pudieron ser pilastras adosadas. El fondo es completamente cóncavo y está muy quemado. Es el horno que presenta restos de una mayor actividad de combustión porque apareció también con las paredes completamente achicharradas. A diferencia de las restantes estructuras de combustión, ésta es la única que presenta planta “piriforme” o en forma de “bombilla” que, por algunos paralelos documentados en el alfar de la calle Valladares de Triana, sabemos que se trata de un horno para vidriar cerámicas³⁰. Esta funcionalidad está confirmada además porque junto a él se documentó el testar B-II que estaba repleto de fallos de cocción y de instrumentos relacionados con el vidriado de cerámicas.

El último de los hornos documentados en este alfar, H-IV, se localiza en la zona oeste de la cuadrícula C-1, algo aislado del grupo anterior formado por H-I, H-II y H-III. Su planta es de forma circular, ligeramente abierto al nordeste, aunque sólo conserva la estructura de la cámara de combustión. Presenta unas dimensiones de 1.90 m (oeste-este) por 1.80 de largo (norte-sur), con una profundidad máxima de 0.82 m. Se localiza además a mayor altura topográfica que el

³⁰ El alfar de Valladares en Triana, fue excavado por los arqueólogos Manuel Vera y Araceli Rodríguez Azogue, a quien agradecemos la información.

resto de los hornos del alfar de época moderna, lo que ha permitido su mejor conservación, sobre todo en su lateral oeste donde presenta cuatro hileras de ladrillos. Es el único caso que tiene dos muros de adobe solapados en paralelo, reforzando el arranque de los muros del alzado de la cúpula, al menos documentados en la cara sur con dirección hacia el norte, posiblemente para reforzar este horno que muestra evidencias de mucha combustión ya que los ladrillos están muy achicharrados. Presenta dos pilastras: una al sudeste (P-I) y otra al noroeste (P-II), y en el lateral nordeste tiene una apertura que puede coincidir con un orificio de alimentación lateral de 0.77 m de ancho. Por detrás de la pared doble de ladrillos se desarrolla una orla roja de combustión, de entre 10 y 15 cm de ancho, que tiñe la marga natural del terreno donde se encuentra excavado el horno.

RESUMEN DE LAS CARACTERÍSTICAS DE LOS HORNOS CERÁMICOS
DE ÉPOCA MODERNA DEL JARDÍN DE CANO

HORNO	LOCALIZACIÓN	CORREDOR	CÁMARA	PILARES/ COLUMNA
H-I	C-1, junto a la c/ La Rosa	No presenta	2.30 - 2.20 m Altura: 0.38 m	2 pilares adosados
H-II	C-1, junto a la c/ La Rosa	No presenta	2.45 m Altura: 1.08 m	4 pilares adosados
H-III	C-1, junto a la c/ La Rosa	Apéndice al SE de 0.50 x 0.36 m	1.45 m Altura: 0.70 m	2 pilares adosados
H-IV	Exterior esquina W de C-1	Abierto a Nordeste	1.90 - 1.80 m Altura: 0.82 m	2 pilares adosados

III. La fabricación de cerámicas y las técnicas de vidriado

Para la elaboración de este estudio hemos visitado el Museo de Cerámica “Ruiz de Luna” de Talavera de la Reina (Toledo) donde se exponen las técnicas tradicionales de vidriado de cerámicas, que suponemos eran las propias en la mayor parte de los talleres alfareros castellanos. En la ciudad de Sevilla se excavó también un complejo alfarero del siglo XVII en la calle Valladares, que precisamente recibe el nombre de un afamado alfarero de la época. Los alfares de Valladares se localizan en el barrio de Triana, donde fueron documentados varios hornos de pequeñas dimensiones de planta en forma de “bombilla”, con chorreones de vedrío por el interior de las paredes.

Las piezas de cerámica se introducían en los hornos, donde el barro se cocía a una temperatura entre 1000 y 1060°. Tras esta primera cocción salía una pieza denominada “bizcochado” o “juaguete”. Una vez conseguida la forma cerámica se procedía a la decoración mediante un primer “baño”, o base de la decoración, introduciendo la pieza por completo en unos depósitos de plomo/estaño y sílice. Esta técnica es heredera de la mayólica italiana, adquirida en los talleres sevillanos en el siglo XVI. Para fijar la base se procedía a dar a la pieza una segunda cocción que alcanzaba una temperatura alrededor de los 900 y 980°. Sobre esta base se aplicaba la decoración propiamente dicha, que se conseguía combinando óxidos para los colores, aplicados con pincel directamente sobre las piezas (cobalto para el azul, cobre para conseguir el verde, manganeso para el negro/morado o bien el antimonio para los amarillos y naranjas).

Los instrumentos de alfar:

- III. a. Relacionado con la producción de terracotas debemos mencionar la valva de un “molde” que fue recuperada del interior del pozo B-XII. Se trata de un molde fabricado también en barro cocido que representa, en negativo, el busto de una mujer [fig. 16.2]. Aunque se encuentra medio fracturado, conserva 7.5 cm de largo y 3.7 de ancho, que debe corresponder a la mitad de su anchura original. Integra media cara y el torso que llega hasta la cintura de la figura de la mujer. Por tanto, estas terracotas no eran de cuerpo entero sino hasta la cintura. En ninguna ocasión se ha documentado la parte inferior del tronco de estas figurillas femeninas, solo la cabeza, el torso y los brazos.
- III. b. Para la primera cochura de las cerámicas se empleaban separadores de cerámicas de tipo birlos [fig. 5.12-13] y atifles. En Aragón se conoce como “birlos” o “birlos” a las barras de cerámica, con improntas digitales o pellizcos, que desde el siglo X se utilizaban en los procesos de horneado de las cerámicas como separadores. A veces se documentan con restos de vedrío, pero en los vertederos del alfar del Jardín de Cano no se conocen en los procesos de vidriado. Los hemos documentado de diversos tamaños y grosores, ya que se fabricaban a mano.
- III. c. Por otro lado, se conocen unos soportes trípodes con los extremos ligeramente terminados en punta que son denominados, desde época medieval, “atifles” o “trébedes” [fig. 5.9-11]. El atifle es un instrumento con tres brazos que se colocaba entre los platos o entre las piezas abiertas normalmente como cuencos o escudillas, apilados en columnas unos sobre otros, cuando se procedía a la cocción de las piezas para que no se

fundieran entre ellas. En el alfar del Jardín de Cano sólo hemos documentado restos de cuatro atifles, ninguno de ellos completos. Precedentes de hallazgos de atifles se conocen en las excavaciones arqueológicas de la c/ Ganado 21, donde se distinguieron dos tipos de atifles. El que se ajusta a la tipología del Jardín de Cano es el que presenta cronología más reciente, según la cerámica que la acompaña en la lámina correspondiente al Nivel II del Corte 4³¹. Sin embargo, también se conoce el hallazgo de otro atifle de tipología más antigua asociado a materiales del siglo XVI o comienzos del XVII (Nivel I, Corte 3), con restos de vedrío melado en una punta al igual que el documentado en la c/ Larga n.º 75³². Desde el establecimiento de alfareros genoveses en Sevilla, entre 1530-40, se tiene constancia de que los atifles comienzan a ser sustituidos por pinzas de metal que dejan los platos en suspensión dentro de unas cajas, durante el proceso de vidriado de las cerámicas. La marca de las improntas de las tres puntas de los atifles en el interior de las piezas vidriadas supone un indicativo de arcaísmo en la fabricación. En el siglo XVII los atifles de barro iban progresivamente desapareciendo al ser sustituidos por pinzas de metal.

III. d. “Soportes cilíndricos” para apoyo de los birlos, a modo de pequeñas cajas circulares de barro [fig. 5.2, 4 y 5]. Pudieron también ser empleados como separadores de cerámicas. Desde el Renacimiento aparecen en Sevilla los hornos de cocción en cajas, que son también de cerámica. La forma más frecuente presenta unos 16 cm de diámetro por 8 de altura, el doble de ancho que de alto, y podían ser apilados en columnas. En algunos alfares de época medieval de Zaragoza se conocen también algunos tubos cilíndricos que servían para sujetar los birlos.

III. e. Para vidriar se procedía a dar un baño completo a las piezas, o bien a decorarlas con sofisticados dibujos que se hacían a pincel. Posteriormente se procedía a la segunda cocción de las piezas, ya decoradas superficialmente con esmaltes vidriados. La segunda cocción tenía como finalidad fijar el vidriado a la cerámica y, como el baño era licuoso, era necesario que las piezas no estuvieran en contacto directo unas con otras, para que no se mezclase el esmalte y no se fundieran entre ellas durante la cocción. Los elementos de alfar que se empleaban en esta segunda cocción han sido documentados en los testares B-I y B-II del Jardín de Cano, y corresponden a unos soportes en forma de grandes cajas cilíndricas, denominadas “cobijas” en los alfares de Talavera de la Reina³³.

³¹ Giles Pacheco *et alii* (1995: 145, lám.10.b)

³² *Idem* (1995, lám. 11.c)

³³ Ocaña Rodríguez *et alii* (2006)

Tienen precedentes en algunos talleres del Renacimiento italiano, pues son conocidos en los tratados de alfarería como los de Piccolpasso³⁴ en Bolonia, desde donde pudieron introducirse en Sevilla o en Lisboa a partir del siglo XVI. Las cobijas se utilizaron a partir del siglo XVI para elaborar lozas con decoraciones más minuciosas ya que, al formar cajas de calor de radiación más uniforme, evitaban la formación de puntos cálidos indeseados que solían producir burbujas en los vidriados.

Las cobijas halladas en el Jardín de Cano presentan unas medidas de entre 22 y 27 cm de diámetro, base plana, paredes rectas complementadas con otros módulos huecos, de entre 17 y 18 cm de altura cada uno, que se colocan apilados formando una especie de tambores de columnas, huecos por el interior [fig. 5.1, 3 y 6]. Estas grandes cajas de barro presentaban en las paredes unas perforaciones horizontales de sección triangular, realizadas durante la fase de precocción, que servían para alojar unos clavos de barro (de sección triangular) que quedaban fijados en posición horizontal, con la punta hacia el interior y la cabeza por la pared exterior de la cobija [fig. 5.7 y 8]. Los clavos documentados presentan una media de longitud de 6 cm y una anchura media de la cabeza de 2 cm. Estos clavos complementarían a las cobijas como soportes para sujetar las piezas cerámicas bañadas con vedrío. El módulo estándar de los platos documentados en proceso de fabricación en el alfar del Jardín de Cano presentan un diámetro de entre 19 y 21.5 cm, por 2 ó 2.5 cm de altura, que encajarían perfectamente dentro de estas cobijas, soportados por los clavos.

Dentro de estas columnas de cobijas se introducían los platos bañados en vedrío líquido, para su cocción. Una vez preparadas las columnas de cobijas, se procedería a introducirlas en los hornos de vidriado. Este sistema de cocción de las piezas vidriadas en cobijas era bastante limpio y no ha dejado restos de vedrío en las paredes de los hornos. Sin embargo, en los testares del Jardín de Cano hemos documentado numerosos fragmentos de cobijas con restos de cho-reones de vedrío por el interior. Los tintes eran fundamentalmente de color blanco y manchas azules por lo que se deduce una producción de lozas de la serie “azul sobre blanco”, como estilísticamente era el modelo propio de la época. Pero también se conocen algunos fragmentos de cobijas con vedrío blanco liso, verde claro, verde “botella” y un clavo con restos de vedrío plomo en la punta.

³⁴ *Trattato del Piccolpasso* (1557) basado en la obra original de Cipriano Piccolpasso (1556-1559): *I tri libri dell'arte del vasaio* (1556-1559), que se conserva en el *Victoria and Albert Museum* de Londres, digitalizado el 6 de febrero de 2007 por la Universidad de Oxford.

IV. La producción alfarera

IV. a. Serie bizcochada común

Las referencias bibliográficas a estas piezas se basan casi siempre en estudios de piezas empleadas para rellenar las bóvedas de algunos edificios históricos, como las conocidas en numerosas localidades del Bajo Guadalquivir³⁵. La mayor parte aparecen reutilizadas porque suelen ser fallos de cocción, por lo que en la bibliografía se refiere a ellas como “loza quebrada” de “obra basta”, que por no poder ser comercializadas se emplean para aligerar el peso de las bóvedas. Es de suponer que son cerámicas de producción local, casi siempre del tipo denominado “cerámica común” aunque no siempre se han podido estudiar en contextos alfareros. Es presumible además que cada centro de producción local tendría sus propias particularidades, a pesar de estar influenciado por las tendencias y tipos generales de la época. En Jerez están publicados numerosos ejemplos de cerámica común bizcochada entre las bóvedas de algunas iglesias, como la de Santiago o las de La Cartuja³⁶, así como las de las bóvedas de los claustros de Santo Domingo³⁷. En la ciudad de El Puerto de Santa María contamos con los ejemplares del relleno de las bóvedas del coro del Monasterio de La Victoria, que datan de la primera mitad del siglo XVI³⁸. Para la etapa más reciente que estamos estudiando destacan los depósitos documentados en las excavaciones de la c/ Ganado 21³⁹, en la Plaza de Isaac Peral, muy abundantes pero difíciles de reconstruir⁴⁰, y en el solar de la antigua bodega de la c/ Zarza nº 3, donde destacan sobre todo las cerámicas bizcochadas de tradición popular que, sin lugar a dudas, debieron proceder de los alfares del Jardín de Cano por su proximidad y semejanza tipológica⁴¹. No obstante, la serie comparativa mayor corresponde al material cerámico que pertenece a las viviendas que, en su día, se superpusieron al Teatro Romano de Cádiz⁴².

El conjunto de cerámicas bizcochadas más completo recuperado en el Jardín de Cano se halló en el relleno de las fosas donde aparecieron las piedras fijas de los tornos alfareros (B-IX y B-X). Dentro de esta serie de cerámica común bizcochada se distinguen varios grupos: los contenedores relacionados

³⁵ Amores y Chisvert (1993); Valor y Casquete (1993).

³⁶ Plequezuelo (1999); Ruiz Gil (1999.2:28-30)

³⁷ Barrionuevo Contreras (2008/09)

³⁸ Córdoba Alonso (1997).

³⁹ Giles Pacheco *et alii* (1995:148)

⁴⁰ Giles Pacheco *et alii* (1997: 58-60).

⁴¹ Pérez y López (2001:15-18, láms. 2 y 3).

⁴² Ruiz Gil (1999). Publicación on line 3090422 de ProQuest, ISBN: 0-493-05216-X. Y Universidad de Huelva http://columbus.uhu.es/record=b1513479-S1*spl.

con espacios abiertos, donde destacan de manera significativa las macetas, con diámetros entre 30.4 y 39.4 cm, algunas lisas y otras con un tratamiento decorativo muy sofisticado a base de bordes ondulados, pellizcos, impresiones digitales, incisiones y decoración de bandas peinadas [fig. 6.5-12]. Estas macetas no se parecen a las publicadas de la Bahía de Cádiz ni de Jerez y, aunque mantienen las características formales y decorativas del tipo, superan en cantidad y calidad a lo conocido hasta el momento⁴³.

Para la transformación de alimentos son muy característicos los lebrillos [fig.7.4-17], de borde engrosado o alargado y plano al exterior⁴⁴, y los morteros [fig.8.1-9], de borde engrosado al interior, marcado por la base al exterior mediante acanaladuras horizontales y con un característico pico vertedor⁴⁵. Sobre los lebrillos cabe señalar que mantienen una línea muy similar a los conocidos en la Bahía, pero esto es lógico en un tipo que ha variado muy poco en su diseño general desde la Edad Media y que precisa de un estudio mucho más pormenorizado. Sin embargo, en los morteros apreciamos el desarrollo del reborde interno del labio hasta conformar un gancho, un engrosamiento muy parecido al que observamos en algunos cántaros fabricados también en este mismo alfar.

A los patios o corrales con estructuras para el almacenamiento de agua, tipo norias o pozos, se relacionan los cangilones que son herederos directos de los arcaduces medievales [fig. 8.10-14]⁴⁶. Sólo el cangilón con borde “en gancho” puede ser homologado a los de Jerez⁴⁷ y a los de El Puerto de Santa María⁴⁸, sin embargo la variedad formal es mucho mayor. En menor medida encontramos alcancías [fig. 8.24 y 25]⁴⁹ y embudos [fig. 8.19-23], que mantienen formas parecidas a las de Jerez, El Puerto de Santa María y Cádiz⁵⁰.

Otras piezas relevantes en estos momentos, y relacionadas con espacios domésticos para el almacenaje y el transporte de líquidos, son los cántaros de boca cilíndrica y moldurada con reborde interior y cuerpo acanalado [fig. 9]⁵¹, básicamente se complementan los cuellos y bordes de perfil en “S” invertida por

⁴³ Amores y Chisvert (1993:289 y 316, 119 AB, 120 L y 121 P)

⁴⁴ *Idem* (1993:288 y 314, 103 B, 104 IL, 106 I y 107 J)

⁴⁵ *Idem* (1993:293 y 325, 210 AB, 211 J y 212 J)

⁴⁶ *Idem* (1993:277 y 303)

⁴⁷ Barrionuevo (2008: n.º 58 y 59)

⁴⁸ Ruiz Gil (1999, Lám. 51198 y 199)

⁴⁹ Amores y Chisvert (1993:289 y 316, 118 B)

⁵⁰ Barrionuevo (2008/09); Ruiz Gil (1999, Lámina 37, 153 de la Victoria, y especialmente Lám. 112, 434, del Teatro Romano)

⁵¹ Amores y Chisvert (1993:287 y 313, el n.º 1 se puede relacionar con 101 R y el n.º 2 con 95 F/98 MN de Sevilla)

otros más rectos y característicamente finalizados en una incisión⁵² o en un apéndice a modo de pequeño gancho [fig. 9.9, 10 y 11], ostentando unas paredes muy molduradas⁵³.

Entre los vasos contenedores hay que destacar la presencia de botijas comerciales, o anforetas, que presentan en su mayor parte un sello impreso precocción por el exterior de la boca, que reproduce las siglas “PSM” [fig. 10]. En algunos casos aparecen vidriadas pero en otros aún están sin vidriar, lo que nos induce a considerarlas en proceso de fabricación. La interpretación dada a estos sellos normalmente se relaciona con las siglas del nombre del alfarero o del dueño/propietario del alfar⁵⁴ pero, en nuestro caso, es curioso que las letras coincidan con las iniciales del nombre de nuestra ciudad (PSM= Puerto Santa María). A este respecto cabe señalar una referencia documental al cabildo municipal del día 5 de junio de 1732 en el que se aprobó una marca de ciudad para señalar las botas de vino, con las iniciales “PSM”⁵⁵. Esta fecha que ronda el 1729, en la que la ciudad de El Puerto pasa de señorío a realengo, sugiere que el cabildo pretendía autoafirmar su condición de municipio, época en la que se produjeron además importantes obras públicas de ámbito municipal.

Antecedentes de estas anforetas de época moderna se conocen entre los rellenos de las bóvedas del Monasterio de La Victoria a comienzos del siglo XVI⁵⁶, en momentos posteriores en la c/ Ganado 21, donde sólo se documenta un ejemplar⁵⁷, y en la Plaza de Isaac Peral relacionadas con el tipo A de Goggin⁵⁸. Recientemente también se han recuperado bocas de anforetas de los siglos XVII y XVIII en la c/ Arzobispo Bizarrón y en el entorno de la Ermita de Santa Clara, en el barrio alto de la ciudad, pero en ninguno de los casos mencionados se documenta este mismo sello, por lo que debemos suponer que estaban destinadas a la exportación⁵⁹. Estos envases estaban destinados al transporte del aceite que se producía de manera masiva entre las campiñas de El Puerto y Jerez,

⁵² Que sí encontramos en Jerez (Barrionuevo 2008/09, cántaro de tipo 4).

⁵³ Algunos tipos tienen un asa y forman una curvatura al interior (Ruiz Gil 1999: lám. 102, 410), incluso pueden confundirse con jarras (Ruiz Gil 1999: Lám. 89. 370), lo más probable es que estemos con distintas medidas de líquidos.

⁵⁴ Goggin (1960).

⁵⁵ “que la marca de la ciudad contenga PSM, trabadas o separadas en significación del Puerto de Santa María” (Cabildo municipal de 5 de junio de 1732). Agradecemos este dato proporcionado por D. Javier Maldonado Rosso.

⁵⁶ Ruiz Gil y López (1997:31).

⁵⁷ Giles Pacheco *et alii* (1995).

⁵⁸ Giles Pacheco *et alii* (1997:64 y 66, lám.4.1.); Amores y Chisvert (1993:283 y 309, semejante a 64 R).

⁵⁹ Habrá que saber ahora cuál es el ámbito de dispersión de estas anforetas.

destinadas a la comercialización marítima. En cualquier caso, el sello sobre las anforetas parece proteger la calidad del envase, no tanto del contenido, entendido como una marca de alfarero que identifica la fabricación local del envase para evitar que el producto comercializado se distribuyera en contenedores fabricados en otros alfares o de otras localidades, no regulados o garantizados por el cabildo municipal.

Por último, y dentro de este apartado de la cerámica común, debemos indicar también la producción de otras cerámicas relacionadas con elementos y apliques arquitectónicos fabricados con barro local. Dentro de este grupo se incluyen las tejas curvas, casi siempre bizcochadas, aunque se documenta una teja con restos de vedrío verde claro por el interior. Los alfares de tejas no son de las mismas características que las que presenta el alfar del Jardín de Cano, por lo que no podemos afirmar que estas tejas se estén fabricando aquí, ya que apenas tenemos cinco fragmentos de tejas en los rellenos de los testares, que debemos relacionar mejor con piezas complementarias en alguno de los procesos de fabricación de las cerámicas vidriadas. El mismo caso ofrecen los restos de tuberías de barro o “caños”⁶⁰, para ser ensambladas, de unos 9 cm de diámetro en la boca y con apenas tres ejemplares fragmentados hallados en los testares y hornos del este alfar. Casi siempre aparecen bizcochadas, aunque uno de los ejemplos presenta restos de vedrío blanco grisáceo interior, posiblemente empleado como conducciones de naturaleza licuosa.

Dentro de los elementos arquitectónicos existen tres ejemplares de azulejos. Uno de ellos, el más completo, está bizcochado y ligeramente quemado, cuyo módulo cuadrado presenta unas medidas de 12.3 cm de lado por 2 de grosor. Pero también conocemos fragmentos de otros dos azulejos incompletos, uno de ellos vidriado en azul celeste y otro que es claramente un fallo de cocción con restos de vedrío de la serie “azul sobre blanco”. El número tan pequeño de ejemplares no indica la producción de azulejos en el alfar moderno del Jardín de Cano pero sí que eran vidriados, en la fase del tratamiento decorativo final. Por último, constatamos la fabricación en serie de numerosos alizares de barro vidriados, de 22.5 cm de largo por 7.4 cm de ancho y también de altura, con la parte interior hueca en forma de “U”. Están decorados en dos de sus caras planas en “azul sobre blanco” y aparecen con frecuencia en los cantos de los cierros de muchas de las viviendas del siglo XVIII de esta ciudad.

⁶⁰ Denominadas “caños” en los documentos de la época.

IV. b. Serie bizcochada de “paredes finas”

En Sevilla, Pleguezuelo denomina a este tipo de cerámica con el nombre de “alcarracería”⁶¹, estableciendo su cronología más antigua entre 1492 y 1550. Son formas de cerámicas de tradición islámica realizadas a molde por los primeros cristianos y caracterizadas por una pasta muy depurada y de tonalidades color beige o blanquecina, a veces denominada en la bibliografía “de pasta pajiza”⁶², que presentan unas paredes muy finas de entre 2 y 7 mm de espesor [fig. 11]. Sin embargo, la época de mayor apogeo de la cerámica bizcochada de “paredes finas” se establece entre los siglos XVII y XVIII, relacionadas con los repertorios destinados al servicio de mesa y sobre todo para beber agua. Alfonso Pleguezuelo cita, empleando fuentes históricas, algunos centros próximos en Sevilla, Lebrija, y muy especialmente, por su cercanía, en Jerez e incluso Chiclana⁶³. Las formas más frecuentes representan jarritas con dos asas, cuello cilíndrico de desarrollo recto [fig. 11.16], y vasos globulares, de cuello corto y borde exvasado [fig. 11.6]. Todas presentan asas finas de sección triangular y pie marcado. Se complementan muchas veces con pequeños platillos-tapaderas y posiblemente se emplearan como contenedores de agua. Presentan la superficie cruda o bizcochada restringiéndose la decoración, cuando aparece, a motivos incisos, impresos, gallones moldurados y aplicaciones plásticas, aunque también son conocidos, con menos frecuencia, algunos trazos pintados en color rojo.

En el alfar del Jardín de Cano aparecieron en gran cantidad entre los vertederos de los testares B-I y B-II, siempre fragmentados. Se constata la producción de pequeños vasos y jarritas de la serie de “paredes finas” desde fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, que posiblemente estarían abasteciendo la demanda de este tipo de cerámicas en el entorno de la Bahía de Cádiz. También se han documentado en contextos estratigráficos de la misma cronología, como en el antiguo Hospital Real de Cádiz⁶⁴, en la Plaza Mayor de Chiclana⁶⁵, en la c/ Corredera nº 39 de Jerez⁶⁶ así como en la Plaza de Isaac Peral de El Puerto de Santa María⁶⁷ y en el Teatro Romano de Cádiz. Hay dos temas a considerar para esta producción, la propia manufactura, pues estas “paredes finas” requieren un barro de gran calidad, y la especialización en una tarea delicada por parte del artesano.

⁶¹ Pleguezuelo *et alii* (1997:148)

⁶² Ruiz Gil (1999.2: 28)

⁶³ Pleguezuelo (2000: 35)

⁶⁴ Catálogo de exposición en el Museo de Cádiz (2002:85, fig. 1)

⁶⁵ Lavado Florido (2010: 247, 248, 249, 250 y 255)

⁶⁶ López Rosendo (2010c: 285)

⁶⁷ Giles *et alii* (1997:60); ver también Ruiz Gil (1999, Lám. 109, 427)

IV. c. Serie vidriada “azul sobre blanco”

A partir de la segunda mitad del siglo XVII los tipos cerámicos heredados de tradiciones moriscas son sustituidos por platos llanos y hondos, escudillas y jícaras decoradas con motivos que imitan las decoraciones de Delft holandesas, de inspiración china⁶⁸. En el Jardín de Cano conocemos esta nueva producción en platos y jícaras salidas de la primera cochura, con superficies aún sin vidriar. El módulo es estándar para ambas formas y se establecen los diámetros de 19-21 cm por 2.5-2.8 cm de altura para los platos [figs. 12 y 13], y entre 7 y 8 cm para las jícaras [fig. 14.1-4]. Entre los platos se establecen dos tipos fundamentales: los que presentan la base marcada con pie anular⁶⁹ y los que son planos⁷⁰. Con respecto a los bordes, existe una evolución de los platos de ala ancha heredada del siglo XVII [fig. 12.8-2] y los que presentan un borde más sofisticado, caracterizado por un quiebro formado por un apéndice vertical que crea un borde cóncavo, y que son propios ya del siglo XVIII [fig. 12.1-4]. De hecho se trata de un reborde apuntado que viene constituir lo que podemos considerar como una orla.

En la ciudad de El Puerto de Santa María ya se habían documentado estos platos en algunos solares como en c/ Ganado 21, donde se reconocían formas de la “serie chinesca de helechos” y “series azules” de Talavera, que se fechan en esta factoría a lo largo del siglo XVII y durante la primera mitad del XVIII⁷¹. En la Plaza de Isaac Peral se constatan las primeras series de “azul sobre blanco” en formas sofisticadas como soperas, fruteros o tazas, a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII⁷². También en el barrio alto de la ciudad las series “azul sobre blanco” son las más representativas durante las primeras décadas del siglo XVIII, como se constata en la c/ Zarza nº 3⁷³, en la c/Arzobispo Bizarrón nº 9 o en el entorno cercano a la Ermita de Santa Clara, a partir del crecimiento que experimenta la población por la c/ Cruces donde son habituales los depósitos de vajillas de este momento.

Los cuencos y jícaras están muy bien representados en toda la Bahía de Cádiz desde Rota⁷⁴, Jerez de la Frontera⁷⁵, Chiclana⁷⁶, así como en el Teatro

⁶⁸ Ruiz Gil y López (1997:30)

⁶⁹ Amores y Chirvert (1993: 292 y 323, 189 A)

⁷⁰ Ruiz Gil (1999: Lám. 123, 493, del Teatro Romano; y Lám. 18, 102, de Ganado 21, en El Puerto de Santa María).

⁷¹ Giles Pacheco *et alii* (1995:146, Lám. 12.b.)

⁷² Giles Pacheco *et alii* (1997:79).

⁷³ Pérez y López (2001: 22, lám. 6)

⁷⁴ Gutiérrez López (2001); Reinoso y Gutiérrez (2010)

⁷⁵ López Rosendo (2010c:285, fig. 4, 5 y 6)

⁷⁶ Lavado Florido (2010:247, 248, 249, 250 y 255)

Romano de Cádiz⁷⁷, no sólo las de tipo “vaso”, sino las más abiertas y bajas⁷⁸. Lo mismo sucede con los platos, ya que en el Jardín de Cano sólo se seleccionan los platos llanos, excluyendo los hondos. Los platos con repié, citados arriba, los tenemos muy bien fechados en el denominado recinto moderno del Teatro Romano⁷⁹ en el último cuarto del siglo XVII. Los platos del recinto moderno son producciones probablemente portuguesas⁸⁰ que se comercializan junto a las holandesas, y que hemos de fechar con posterioridad a la independencia de Portugal (1640), aunque anteriores a 1702⁸¹. Precisamente esta llegada masiva de cerámicas portuguesas a los puertos de la Bahía de Cádiz, pudo influir en los estilos decorativos adoptados en los alfares de producción local.

Ahora ya sabemos que en la ciudad de El Puerto de Santa María se estaban fabricando lozas de la serie “azul sobre blanco” desde finales del siglo XVII. Su constatación está claramente atestiguada por numerosos indicios arqueológicos. En primer lugar, por la aparición de cobijas que presentan el interior teñido con chorreones de vedrío blanco y azul y, en segundo lugar, porque también se han recuperado algunos fragmentos de estos platos, tanto de superficies bizcochadas como vidriados completamente y pasados de cocción, entre los depósitos de los testares B-I y B-II [fig. 13], así como achicharrados entre los niveles de cenizas de algunos de los hornos alfareros (H-II y H-IV). No todos los fragmentos corresponden a la misma pieza, pues presentan diferentes tamaños y variantes de diámetro, pero siempre reproducen los mismos motivos decorativos en “azul sobre blanco”, al menos en el marco de las escenas que quedan reflejadas en el interior del borde de estas lozas.

Utilizan el color azul (cobalto) sobre un fondo blanco de estaño, adoptando la técnica heredada de la mayólica italiana del siglo XVI. El azul cobalto era considerado un color clásico, fino y elegante. Aunque desde el siglo XVI se producían en Triana lozas decoradas con color azul sobre blanco (Azul lineal de Sevilla⁸² o “Yayal blue on white”⁸³) sobre formas muy estandarizadas de platos y escudillas, las decoraciones se restringían a simples trazos lineales o de cadeneta. La alfarería del siglo XVI y comienzos del XVII era practicada por artesa-

⁷⁷ Ruiz Gil (1999, lám. 120 y 148, muy especialmente 576, 578)

⁷⁸ *Idem* (1999, Lám. 121, 122: números 428, 429 y Lám. 148: números 575 y 579)

⁷⁹ *Idem* (1999, Lám. 142 y Lám. 143, del recinto moderno los números 559-565, 570, 571 y 573)

⁸⁰ Novos e Velhos Mundos. Congresso Internacional de Arqueologia Moderna. Lisboa (6-9 abril 2011)

⁸¹ Ruiz Gil (e.p.): “Cerámicas de la Edad Moderna en la Bahía de Cádiz: la producción holandesa”. Congreso Internacional de Estudios Cerámicos. Homenaje a Mercedes Vegas (1-5 noviembre de 2010). Cádiz.

⁸² Pleguezuelos *et alii* (1997:137-138 y 157).

⁸³ Denominación americana dada para los hallazgos en el Caribe, Goggin (1968).

nos que, de manera muy rudimentaria, realizaban motivos decorativos muy simples e ingenuos con figuras aisladas como flores, animales, barcos, molinos o cruces, que beben de tradiciones holandesas o bien reproducen emblemas religiosos de conventos, iglesias o monasterios. Estas decoraciones también se aprecian en las primeras series de los alfares toledanos de Talavera de la Reina/Puente del Arzobispo, que se fundan en el XVI, y van a repercutir en las producciones tanto de Castilla como de Portugal.

Pero será a finales del siglo XVII y a comienzos del XVIII cuando la alfarería se convierta en un “Arte Mayor”, en el que las cerámicas van a ser decoradas por verdaderos maestros de la pintura, no por simples artesanos. En este momento, los talleres toledanos de Talavera de la Reina y Puente del Arzobispo llegan a su mayor apogeo como industrias alfareras de la época. La cerámica es entendida como el lienzo de un cuadro en el que se incorporan escenas complejas integradas en paisajes y arquitecturas, con inclusión de la perspectiva. La adopción del “azul sobre blanco” se aplica a partir de ahora en formas de uso doméstico, sobre todo en platos y fuentes que se decoran con motivos ornamentales puestos de moda en los alfares de Talavera/Puente del Arzobispo, como los árboles de ramas suavemente escalonadas y motivos florales. Esta técnica decorativa llegará también al alfar del Jardín de Cano por adopción de técnicas e imitación de las lozas trianeras de la época. Sin embargo, frente al clasicismo de las series talaveranas y lisboetas, en las producciones locales del Jardín de Cano los motivos de árboles se vuelven esquemáticos, casi ramiformes, y las flores se representan como simples manchas. Tienen semejanza estilística con la serie sevillana denominada “de matorrales”⁸⁴. Se trata del primer alfar de la época documentado en la Bahía de Cádiz y, aunque la producción de series “azul sobre blanco” ya se conocía desde hace años entre los numerosos contextos arqueológicos tanto de las poblaciones de la comarca como entre los hallazgos subacuáticos de todo el Golfo de Cádiz, será a partir de ahora cuando tengamos que considerar la existencia de estas cerámicas portuenses en la clasificación arqueológica.

IV. d. Lozas policromas

Aunque en los alfares de Triana existía una producción policroma sobre formas antiguas de tradición morisca conocida como la serie “Azul y morada”

⁸⁴ Catálogo de la exposición *Cerámica de Triana* (1996). Colección Carranza, Fundación El Monte, Sevilla. Comisaría, textos, diseño y montaje. También en *Lozas y azulejos de Triana* (2000:146). Colección Carranza. ICAS, Ayuntamiento de Sevilla.

de Sevilla⁸⁵ (“Isabela polychrome” en el Caribe⁸⁶) desde fines del siglo XV, la aplicación de esta técnica sobre platos y vasos de formas recientes imita a la serie policroma de Talavera de la Reina/Puente del Arzobispo, que se producían en esta factoría. El máximo esplendor de la cerámica de Talavera se alcanza en esta serie con la paleta llamada de “gran fuego”, integrada por azules, amarillos, verdes, ocre y negros amoratados. Este estilo nace como una evolución de la influencia italiana del siglo XVI (series policromas de Montelupo) con temas que proceden en su mayoría de grabados de origen flamenco o italiano. A fines del siglo XVII también se van a imitar en los alfares de Sevilla. En la superficie de las piezas se representan, de forma pictórica, motivos complejos sobre paisajes con figuras humanas y de animales, como si fueran el lienzo de un cuadro (escenas de toros, temas de cacería en animados paisajes, juegos de niños y escenas galantes con personajes en discretas conversaciones). En los azulejos y pilas bautismales o de agua bendita, predominan los temas religiosos.

Las lozas policromas se elaboran a finales del siglo XVII y durante el primer cuarto del XVIII en Talavera y Puente del Arzobispo, pero su proyección llega hasta fines de este siglo e incluso hasta el XIX. En el Jardín de Cano hemos documentado un plato con escena de cacería entre los vertederos del testar B-I con diferente módulo (de 18 cm de diámetro por 3.1 cm de altura) que las producciones de platos “azul sobre blanco” y con fondo plano sin repié. La pieza conserva sólo la mitad derecha del plato con parte de la cabeza, el tronco y los cuartos traseros de un perro que aparece en la parte central, como figura principal de la escena, integrado en un paisaje campestre propio de las series policromas de montería [ilustración 3]. Combina multitud de colores: morado, utilizado para perfilar el borde por el interior; diferentes tonalidades de colores “tierra” como marrones, amarillos-crema, verde, azul y negro. Está pintado a mano y es de una excelente calidad artística. A nivel tecnológico presenta una impronta pequeña, en el exterior del ala, dejada por los soportes durante la fijación del vidriado. Su aparición casi en los niveles superficiales del testar B-I puede indicar el momento de abandono del alfar del Jardín de Cano en el siglo XVIII.

Los antecedentes de lozas policromas en la ciudad de El Puerto de Santa María están en las excavaciones de la c/ Ganado 21. En este solar también se cita el hallazgo de un plato policromo decorado con una escena de montería que representa a un toro saltando un vallado en un campo, realizado con trazos en negro relleno de naranja y azul. La pieza se fecha ya en el siglo XVIII y se ha

⁸⁵ Pleguezuelos *et alii* (1997:132 y 157)

⁸⁶ Goggin (1968)

puesto en relación con los alfares de Triana⁸⁷. También en la Plaza de Isaac Peral se conocen ejemplares de cuencos de la serie policroma de Talavera, antes de la destrucción del convento de Los Descalzos⁸⁸ y en la calle Zarza nº 3 los platos con decoración policroma presentan ya un borde con acanaladura interior, propios del siglo XVIII avanzado⁸⁹, forma que, sin embargo, no se conoce entre los ejemplares del Jardín de Cano.

Otras cerámicas que aparecen con frecuencia en los niveles superficiales de este alfar son los bacines, decorados en “azul y verde sobre blanco” [fig. 15.2 y 4] o con trazos lineales en negro sobre el borde plano [fig.15.1 y 3]. Son muy frecuentes en los contextos domésticos de la época en esta ciudad, así como en toda la Bahía de Cádiz. Un ejemplar casi completo apareció en las excavaciones del solar de la c/ Virgen de Los Milagros nº 75⁹⁰, aunque otros fragmentos de este mismo tipo de bacín se han documentado en algunos solares del barrio alto de la ciudad como en la c/ Arzobispo Bizarrón nº 9 o en la c/ Cruces, junto a la ermita de Santa Clara⁹¹. La pieza de la c/ Larga es de todas la más completa y conserva unas dimensiones de 41 cm de diámetro por 37 de altura. Presenta tratamiento completo de vedrío blanco interior y la decoración se concentra por la parte superior del borde, con trazos oblicuos alternados con espirales en azul oscuro sobre un blanco muy brillante. El motivo principal de la escena que decora la parte exterior del cuerpo está enmarcada en dos bandas azules, y sobre la base de una cadeneta. El dibujo central representa la composición figurativa de un paisaje frondoso de naturaleza vegetal, donde apenas se aprecia la figura muy estilizada de un ave en posición parada y dibujada de perfil. Rodeado completamente de hojas y flores, con un significado bucólico desconocido, algunas de las plantas están rellenas con motivo de retícula azul y alternan con algunas pinceladas en verde. Esta escena es una copia literal de algunas piezas que se fabrican en los talleres lisboetas de comienzos del siglo XVIII. Hemos documentado un bacín con un motivo figurativo muy similar al hallado en la calle Larga de El Puerto, pero de extraordinaria calidad, en el Museo de Artes Decorativas de Lisboa⁹². También en Sevilla se conocen piezas muy parecidas a ésta dentro del repertorio de lozas del tipo “Triana policroma” del siglo XVIII, clasificadas por Deagan⁹³ como “bacines sin asa, azul y verde”, que en América se fechan igual-

⁸⁷ Giles Pacheco *et alii* (1995:147)

⁸⁸ Giles Pacheco *et alii* (1997:82-83, láms. 9.5 y 10)

⁸⁹ Pérez y López (2001:59, lám. 5.1-4)

⁹⁰ López Rosendo y Torres (e.p.)

⁹¹ López Rosendo (e.p.) y (2010b:46)

⁹² *Fundação Ricardo do Espírito Santo Silva*.

⁹³ Deagan (1987:93-95)

mente en contextos del siglo XVIII. Amores y Chisvert los definen dentro de su segundo grupo de bacines vidriados⁹⁴.

IV. e. La producción de terracotas

Una de las novedades que ha ofrecido la excavación del testar B-II y de los rellenos de algunos pozos de la cuadrícula C-1 del Jardín de Cano es la documentación de numerosos fallos de cocción pertenecientes a pequeñas terracotas. Existe una gran variedad de formas, e incluso algunas de ellas se fabrican a distintos tamaños o a diferentes escalas. Su producción local está atestiguada además por el hallazgo de un fragmento de molde [fig. 16.2], perteneciente a un busto femenino en negativo, recuperado entre los rellenos del pozo B-XII, que por su morfología podemos poner en relación con las terracotas halladas en el testar B-II, semejantes a las del molde. Estas terracotas se fabricaban pues con moldes de barro monovalvos en los casos de figuras humanas frontales, presentando la cara posterior plana o alisada sin tratamiento, y bivalvos en aquellos ejemplares que representan figuras tridimensionales, sobre todo de animales.

Por otro lado, también se ha recuperado una gran cantidad de terracotas de figuras zoomorfas que se realizaban en dos fases, para después unir las dos caras (posiblemente emplearan dos valvas de moldes), dejando la parte central hueca que responde a motivos funcionales [fig. 17]. Posiblemente estas terracotas tendrían una función decorativa arquitectónica pues en la mayor parte de las piezas se ha hallado, en negativo, la impronta de un cilindro que actuaría como soporte. Por último, hay que decir que una de las terracotas de angelote tiene una perforación en la parte superior, para ser colgado. El pequeño tamaño de la figurilla nos induce a pensar que podría formar parte de un belén o de una escenografía religiosa, aunque la posibilidad apuntada del belén no se ajusta con una cronología relativa al reinado de Carlos III y tal vez sea más acertado, por fechas, pensar en juguetes o en títeres de retablos. En ningún caso se advierte un tratamiento superficial pintado, porque las piezas halladas estaban casi todas fragmentadas y, en la mayor parte de los casos, pasadas de cocción como corresponde a piezas en mitad del proceso de fabricación. Pero no descartamos que con posterioridad a la cocción tuviesen algún tratamiento pintado en su superficie, a tenor del hallazgo de algunas de estas piezas en otros contextos arqueológicos de la ciudad y de la Bahía de Cádiz.

⁹⁴ Amores y Chisvert (1993:288 y 316, 122 R y 124 R)

Podemos clasificar las terracotas halladas en el alfar del Jardín de Cano en dos grupos:

IV. e.1. “Terracotas antropomorfas”: dentro de este grupo englobamos dos formas frontales:

- “Busto femenino” que corresponde a un personaje vestido con la indumentaria popular española de la época: falda con corpiño y blusa. Se trata de una figura de cortesana con un corpiño muy ceñido a la cintura, el seno abultado y un lazo anudado al cuello [fig.16.3-5]. El corpiño presenta una delicada decoración en relieve de espirales, que se desarrollan en dos cuerpos: uno colgado del pecho y otro sobre el vientre. En el centro un botón circular une las cuatro volutas. Lleva una blusa con mangas anchas de pliegues hasta el antebrazo, y posiblemente presentaba los brazos apoyados en la cintura. Uno de los brazos derechos conserva una pulsera de cuentas muy llamativo. Destaca también la actitud sonriente de la mujer, con labios carnosos y peinada con el pelo recogido dejando unos rizos que se desarrollan alrededor de la cara. La figura aparece repetida en numerosos fragmentos siempre articulados. Cuatro son las caras conservadas, algunas sobreecocidas y fragmentadas a la altura del cuello, de las que la mejor conservada presenta una longitud de 5 cm. Sin embargo, no todas tienen el mismo tamaño, aunque siempre representan la misma figura. En el caso del molde, la figura modelada es de pequeño tamaño y presenta, como atributo diferenciado, un collar en el cuello en vez del lazo que hemos descrito entre los restos hallados en el testar B-II. Las figuras antropomorfas pueden ser interpretadas como juguetes.
- En contraposición, la terracota del “querubín” representa una figura religiosa, con semblante de pureza. La cabeza es de un niño con flequillo y unas alas muy barrocas, compuestas por tres niveles de plumas que se desarrollan escalonadas alrededor del cuello, a modo de gorguera. Presenta unas dimensiones de 4.8 cm, aunque existe otro fragmento posiblemente con la misma figura algo más grande [fig. 16.1].

IV. e.2. “Terracotas zoomorfas”: Representan siempre a figuras de animales de perfil, de los que se reconocen las dos caras, incluso una de ellas aparece con las dos valvas unidas por las secciones longitudinales. Casi todas presentan un orificio interno cilíndrico, para ser engarzados en un soporte. Las figuras halladas representan:

- “Palomas” [fig. 17.1] con las alas plegadas sobre el cuerpo. Presentan una actitud hierática, a diferencia del resto de las terracotas zoomorfas. Es destacable en este caso el tratamiento que se le da al cuerpo, que en vez de diseñar las plumas en relieve, como es el caso de las alas del ángel, presenta decoración impresa de trazos triangulares ordenados en bandas paralelas desde el cuello del animal hasta la cola. Conservamos dos palomas de pequeño tamaño, de 9.5 cm de longitud máxima y 6.5 de altura, incluyendo la plataforma cilíndrica y hueca sobre la que se asienta, y otra fragmentada pero de un tamaño superior. Las palomas aparecen incluso con las dos valvas unidas, por lo que suponemos que debió de existir un segundo proceso de cocción en el que se fusionaban las dos valvas de la pieza⁹⁵.

- Un “león” [fig. 17.2], con melena muy barroca a base de rizos en relieve, de la que se conserva un lateral izquierdo casi completo y un fragmento de la melena del lateral opuesto. El animal presenta las fauces en actitud agresiva, como se conocen en las representaciones de leones que aparecen decorando numerosas casas-palacio de la época en esta ciudad. La figura está fragmentada a la altura del cuello y conserva una longitud máxima de 10 cm, por un grosor medio de unos 8 mm.

- Un “perro” [fig. 17.3], del que se conserva hasta medio cuerpo, y parte del lomo de otro. Representa también el lateral izquierdo de la terracota y está fracturado a la altura de la cintura. El animal retiene un pequeño objeto entre los dientes que sobresale por la parte frontal del morro, tiene las orejas muy pequeñas y presenta, en relieve, las costillas muy bien dibujadas. Parece ser que la figura original pudo estar sentada sobre sus cuartos traseros, en actitud sumisa y juguetona. A diferencia de la fiereza del león, el perro representa a un animal doméstico.

V. Pipas de arcilla

Fechadas generalmente a partir del siglo XVII avanzado y durante el siglo XVIII, las pipas de barro blanco o caolín se fabricaban para fumar tabaco. Las cerámicas de caolín se producen, junto al gres, en el norte de Europa en época moderna como un intento de imitar la dureza y resistencia de la porcelana china.

⁹⁵ Queremos agradecer a M.^a Dolores Rosendo la realización de los dibujos arqueológicos realizados de estas piezas.

A pesar del interés por producir en Europa la porcelana, nunca se pudo alcanzar la calidad de los originales orientales pues el verdadero secreto de la porcelana china residía en un barro blanco, el caolín, que funde a alta temperatura gracias al feldespato, produciendo piezas muy blancas y traslúcidas, cuyas canteras no se conocían en Europa. En las piezas europeas se integran arcillas refractarias junto al feldespato y al cuarzo, que soportan temperaturas muy altas. Para su cocción necesitaban unos hornos especiales que alcanzaban temperaturas entre 1150 y 1400° C. Este proceso conseguía obtener cerámicas de una gran dureza e impermeabilidad. La pasta de color blanco o grisáceo era parecida a la porcelana, pero más opaca y menos costosa, y casi inatacable por los agentes químicos. Inglaterra y Holanda se consideran las mayores exportadoras de estas pipas de arcilla en Europa⁹⁶, y son sobre todo frecuentes en los pecios detectados por la Arqueología Subacuática en la zona desde el Golfo de Cádiz hasta Gibraltar.

Algunos de los ejemplares hallados en el Jardín de Cano presentan un sello. El sello reproduce en relieve la leyenda de una letra en mayúscula “I” (si bien está rota) seguida de un corazón, localizado bajo la cazoleta y junto al apéndice exterior de la base. También se conoce otra con una “R” y otra con “M” bajo una corona (M “gekroond”, en holandés), en relieve y repetido por ambas caras. Se trata de marcas de fabricante, hechas en el mismo molde de fabricación. Los moldes más parecidos a estos ejemplares se encuentran en Holanda. En el Jardín de Cano aparecen fragmentos de pipas de arcilla tanto en el fondo de los hornos alfareros de época moderna como en el pozo B-XII, donde aparece una gran acumulación de fragmentos de cazoletas y cañas de pipas quemados tanto por el interior como por el exterior (23 fragmentos de cazoletas y 96 de cañas).

Como decimos, no sólo los propios sellos, sino también su posición en la zona del apéndice de la cazoleta y las decoraciones, por ejemplo de bullones circulares en la caña, indican una procedencia holandesa de estas piezas. Algo que parece frecuente en otros contextos arqueológicos que conocemos en Jerez (c/ Corredera nº 39⁹⁷) y en El Puerto (c/ Larga nº 75⁹⁸ c/ Arzobispo Bizarrón nº 9⁹⁹ y Ermita de Santa Clara¹⁰⁰).

⁹⁶ López Colón (1999)

⁹⁷ López Rosendo (2010c:285)

⁹⁸ López Rosendo y Torres (e.p.)

⁹⁹ López Rosendo (e.p.)

¹⁰⁰ *Idem* (2010b:45)

VI. Los hallazgos numismáticos

Las monedas de época moderna halladas en el solar del Jardín de Cano aparecen en dos contextos diferentes. La más antigua fue hallada durante el desbroce de la Parcela D, integrada en el terreno vegetal, en una zona algo alejada del alfar objeto de este estudio. Se trata de una pieza de Felipe III, que se fecha en el primer año de su reinado, 1598, pero que pudo estar en circulación a comienzos del siglo XVII. Su estado de conservación es bastante bueno a pesar de su pequeño tamaño. Corresponde a una moneda de cobre redonda y de lámina delgada. Mide 16 mm de diámetro y aproximadamente 1 mm de grosor, con un peso de 1.5 gramos. Se trata posiblemente de una moneda de 4 maravedíes. Presenta en el anverso un castillo con tres torreones, y en el reverso un león rampante mirando a izquierda, con posición de cuños a las 12, en ambas caras. En el anverso se lee, alrededor de la orla, la leyenda destrógrica: *PHILIPPUS III D.G.OMNIUM*; y en el reverso: *(HISPANIARUM) REX. 1598*.

Otras cuatro monedas del siglo XVII se relacionan directamente con el alfar de época moderna del Jardín de Cano. Las cuatro fueron halladas en el interior del pozo B-XII, integradas entre los vertederos de material de desecho. Estas monedas podrían ayudar a precisar la cronología de este alfar si no fuera porque, en general, las monedas del siglo XVII son difíciles de catalogar, ya que no se identifican en ellas ni la fecha ni la ceca de su emisión. Era muy frecuente reutilizar monedas anteriores, sobre todo las que estaban en circulación en el mercado que, en muchas ocasiones, correspondían a acuñaciones originales de la época de Felipe III. El único elemento que se utiliza para revalorizar las monedas es un pequeño resello que se practicaba calentando el numerario anterior y marcando la impronta de un círculo que dejaba en relieve un numeral en latín, con el nuevo valor de la moneda. Entre los ejemplares recuperados en el pozo B-XII del Jardín de Cano, tres corresponden a monedas de bronce recortadas en forma de hexágono irregular y una cuarta a una fina chapa de cobre con resello. El peso de estas monedas se estima entre 3 y 3.8 gramos. Se reconocen las reaçuñaciones con sellos numerales de valores: IIII (4 maravedíes) y dos monedas de VI. Las monedas halladas en el alfar de época moderna del Jardín de Cano están muy erosionadas y corresponden a piezas reselladas que posiblemente se fechen entre los reinados de los Austrias Menores: Felipe IV o Carlos II.

A lo largo del siglo XVII fue frecuente la alteración del valor original de las monedas por parte de las cecas reales para paliar los gastos del reino, lo cual provocó a largo plazo un estado de inflación económica que está en la base de la crisis financiera de la segunda mitad del siglo XVII. Con Felipe IV comienzan a hacerse resellos en monedas, con un momento de apogeo de esta práctica entre

1636 y hasta 1659¹⁰¹, y es posible que la mayor parte de este numerario resellado estuviese en circulación durante la segunda mitad de esta centuria. Sin embargo, muchos de estos maravedíes resellados siguen en circulación durante gran parte del siglo XVIII.

VII. Conclusiones y cronología del alfar

Con respecto a los aspectos tecnológicos, las pastas cerámicas características de las producciones del alfar del Jardín de Cano son rojas, propias de los hornos de cocción oxidante, y los productos mayoritarios son bizcochados (mace-tas, cantaros, lebrillos, morteros, terracotas, vasos de paredes finas y, en menor medida, alcancías, embudos, cangilones, tinajas y/o tinas).

Una de las novedades que ofrece el alfar de época moderna del Jardín de Cano es la presencia de toda una serie de instrumentos de alfar destinados a la fabricación de cerámicas con tratamiento decorativo vidriado, incorporando tecnologías novedosas procedentes del Renacimiento italiano y que suponen una ruptura con las tradiciones alfareras anteriores, que en Andalucía estaban marcadas por la alfarería medieval islámica y mudéjar. La presencia de numerosos fragmentos de cobijas con chorreones de vedrío de las series de loza blanca, “azul sobre blanco” y verde en los testares B-I y B-II del alfar, así como de algunos clavos de barro manchados con vedrío melado, ofrecen un panorama claro de las producciones vidriadas fabricadas en el alfar del Jardín de Cano. Con respecto a los platos hay que señalar que sólo hay llanos, entre 19 y algo más de 21 cm de diámetro, que caben perfectamente en el interior de las cobijas, por lo general de entre 23.6 y 24.8 cm, dejando un espacio para que no se pegasen a las paredes sobre las que se adhieren restos de vidriado blanco y azul cobalto. Estos platos se documentan en otras excavaciones arqueológicas realizadas en la ciudad de El Puerto (c/Larga nº 75, c/Arzobispo Bizarrón nº 9 y Ermita Santa Clara), en Cádiz, Chiclana, Puerto Real, Rota y en Jerez, con cronologías similares. Dentro de las cerámicas vidriadas se documentan las series en “azul sobre blanco” en platos y alizares, en “azul y verde” y en “negro sobre blanco” sobre bacines, y las policromas pueden considerarse producciones locales con reservas, sobre todo aquellas decoradas con escenas.

Lo dicho hasta ahora nos permite plantear una serie de hipótesis. La primera podría ser que aunque hubo al menos un horno funcionando (el H-IV es el más

¹⁰¹ Calicó *et alii* (1988: 308)

antiguo, luego el H-II y, finalmente, el H-I), el horno de vidriado (H-III) estuvo trabajando con seguridad, si no antes, en el mismo momento que el H-I. Esto nos lleva a pensar en la posibilidad de que existiera un primer momento caracterizado por las cerámicas bizcochadas, y otro posterior con fabricación de lozas con decoraciones vidriadas. La segunda hipótesis sería la de evaluar la producción cerámica al menos de tres tornos funcionando a la vez, los que aún conservan las piedras de los tornos *in situ*, y el material que se introduciría en un horno, aunque tal vez podrían abastecer a varios. Finalmente, sólo podemos hablar de un maestro y, al menos, de dos trabajadores más en el taller.

Por otra parte, la inexistencia en la ciudad de El Puerto de tradiciones alfareras de lozas decoradas en vidriados de las series “azul sobre blanco” y “polícromas”, así como los nuevos motivos decorativos, nos induce a pensar que este alfar debió estar dirigido por un artesano de que conocía las técnicas del vidriado bicolor. La documentación de fragmentos de platos de la serie “azul sobre blanco” pasados de cocción hallados en los testares B-I y B-II del alfar del Jardín de Cano [fig. 13], que tienen paralelos en otras piezas semejantes documentadas en los rellenos modernos del Teatro Romano de Cádiz, entre finales del siglo XVII y 1702, son interpretados como lozas de influencia portuguesa¹⁰². Estas vajillas, junto a la gran cantidad de pipas de arcilla holandesas encontradas, son elementos más que sugerentes.

La presencia de holandeses y flamencos en la ciudad de El Puerto de Santa María está documentada en el barrio de Guía que constituía la zona comercial de la ciudad entre los siglos XVII y XVIII, por su proximidad a la desembocadura del río Guadalete. Pero ya desde el siglo XVII tenemos constancia de la llegada a El Puerto de importaciones holandesas como los azulejos de Delft que fueron documentados en las excavaciones del monasterio de La Victoria¹⁰³ o la presencia abundante de pipas de caolín en los contextos arqueológicos de los siglos XVII y XVIII, como se ha indicado, con sellos de fabricantes holandeses. En la Plaza Isaac Peral se documentó también la presencia de importaciones holandesas por los restos hallados en del Pozo 5, donde se recuperó un huevo de avestruz, entre otros materiales de carácter cerámico. Las exportaciones africanas estaban en manos de los holandeses que perduran en las colonias hasta la invasión angloholandesa de 1702. También debieron ser los holandeses los que trajeron a la Bahía de Cádiz las lozas portuguesas de las series “azul sobre blanco”, durante el último cuarto del siglo XVII¹⁰⁴ ya que después de la Paz de Westfalia,

¹⁰² Ruiz Gil (2004: 267)

¹⁰³ Córdoba Alonso (1997:58)

¹⁰⁴ Ruiz Gil (2004: 267)

a partir de mediados del siglo XVII, los intereses económicos del Imperio Holandés se expandieron por Portugal y también por la Bahía de Cádiz. Por tanto, no hay que descartar la posibilidad de que existiera una colonia de holandeses asentada en la ciudad de El Puerto de Santa María durante la segunda mitad del siglo XVII y que fueran éstos mismos los que implantaron las modas del momento que influyeron en los diseños de las producciones cerámicas más sofisticadas fabricadas en el alfar del Jardín de Cano, introduciendo en la Bahía de Cádiz las nuevas técnicas alfareras que ya funcionaban en otros grandes centros alfareros de Castilla y Portugal.

Desde el punto de vista cronológico debemos valorar algunos aspectos adicionales como la presencia de las pipas holandesas que aparecieron junto a fragmentos de cerámica mexicana de Tonalá y de porcelana “Kang Shi”. Esto apoyaría una datación elevada para las monedas comentadas anteriormente. Pero hay otra cuestión relevante: cual es la participación de la cerámica portuguesa. En efecto, estableciendo una comparativa entre este contexto y el del recinto moderno de Cádiz, observamos como es posible detectar una entrada masiva de material cerámico portugués en el último cuarto del siglo XVII. Aquí asistimos a la imitación del mismo, es decir, a su sustitución local. Desde nuestro punto de vista el contrabando de finales del XVII explicaría las importaciones masivas. Sin embargo, la finalización de la Guerra de Sucesión (1715) y la formalización de la Casa de Contratación en Cádiz (1717) podría explicar la necesidad de producción local de vajillas¹⁰⁵. Recordemos que la mayor parte de las cerámicas fabricadas en el Jardín de Cano son piezas de uso común y doméstico, a excepción de las anforetas destinadas a la exportación de aceite local.

Los alfares del Jardín de Cano ilustran la producción cerámica de dos de los momentos más álgidos en la historia económica de la Bahía de Cádiz. El primero de ellos corresponde a los comienzos del Imperio Romano mientras que el segundo coincide en gran parte con el trasvase de la Casa de Contratación de Sevilla a Cádiz y la centralización en el comercio con las Indias Occidentales. La producción de la serie “azul sobre blanco” en el alfar del Jardín de Cano supone la primera constatación fehaciente de su fabricación en un alfar de época moderna en la Bahía de Cádiz, aunque piezas cerámicas semejantes a esta serie ya se vienen conociendo desde hace años entre los numerosos contextos arqueológicos tanto de las poblaciones de la comarca como entre los hallazgos subacuáticos de la Bahía de Cádiz¹⁰⁶. Conscientes de lo que puede representar la sis-

¹⁰⁵ En 1727 se funda también la fábrica de lozas de Alcora (Castellón), que contaba con una sucursal de venta en la ciudad de El Puerto.

¹⁰⁶ Ruiz Gil (1996; 1997; 1998; 1999 y 2004)

tematización de estas producciones cerámicas en aquellos lugares a donde llegan destinadas hemos querido plasmar, lo más objetivamente posible, los resultados científicos de este trabajo.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, T. y MARTÍNEZ GLERA, E. (1993): “Aproximación al estudio de la historia de la alfarería de Jerez de la Frontera a través de la documentación de su archivo municipal”, *Atrio* 6. Jerez de la Frontera, pp. 7-26.
- AMIGUES, F. y MESQUIDA GARCÍA, M. (1995): “Las alfarerías medievales de Paterna: técnicas de fabricación”, *Actes du 5ème Colloque sur la Céramique Médiéval* (Rabat 1991). Rabat, pp. 325-337.
- AMORES CARREDANO, F. y CHISVERT JIMÉNEZ, N. (1993): “Tipología de la cerámica común bajomedieval y moderna sevillana (ss. XV-XVIII): I, la loza quebrada de relleno de bóvedas”, *Spal* 2. Sevilla, pp. 269-325.
- BARRIONUEVO CONTRERAS, F. J. (2008/2009): “Loza quebrada del relleno de bóvedas de los claustros de Santo Domingo de Jerez de la Frontera”, *Revista Historia de Jerez* 14/15, Jerez de la Frontera, pp. 255-286.
- CALICÓ, F.; CALICÓ, X. y TRIGO, J. (1988): *Las monedas españolas desde Fernando e Isabel a Juan Carlos I. Años: 1474 a 1988*, Barcelona.
- COLL CONESA, J. (2003): “Transferencias técnicas en la producción cerámica entre Al-Andalus y los reinos cristianos. El caso de Sharq Al-Andalus”, *Cerámicas islámicas y cristianas a finales de la Edad Media. Influencias e intercambios*. Serie Mayor. Informes y Catálogos 4. Ceuta, pp. 302-365.
- CÓRDOBA ALONSO, I. (1997): “Informe actuación arqueológica de apoyo a la restauración en el Monasterio de Santa María de la Victoria (El Puerto de Santa María, Cádiz). Abril y mayo de 1993”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 1993, III. Sevilla, pp. 57-63.
- DEAGAN, K. (1987): *Artifact of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean, 1500-1800*. Smithsonian Institution Press. Washington.
- GILES PACHECO, F.; LÓPEZ AMADOR, J. J.; PÉREZ FERNÁNDEZ, E.; RUIZ GIL, J. A.; LAGOSTENA BARRIOS, L.; y TORRES QUIRÓS, J. (1995): “Resultados de la excavación arqueológica de urgencia en la c/ Ganado nº 21 de El Puerto de Santa María”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 1992. Sevilla, pp. 139-151.
- GILES PACHECO, F.; GUTIÉRREZ LÓPEZ, J. M^a; LAGOSTENA BARRIOS, L.; LÓPEZ AMADOR, J. J.; DE LUCAS ALMEIDA, J. M.; PÉREZ FERNÁNDEZ, E. y RUIZ GIL, J. A. (1997): *Aportaciones al proceso histórico de la ciudad de El Puerto de Santa María. Intervención arqueológica en la Plaza de Isaac Peral*. El Puerto de Santa María.
- GOGGIN, J. M. (1960): *The Spanish Olive Jars. An Introductory Study*. Anthropology nº 62. Yale University Publications.

- GOGGIN, J. M. (1968): *Spanish Majolica in the New World. Types of the Sixteenth to Eighteenth centuries*. Anthropology n° 72. Yale University Publications.
- GUTIERREZ LÓPEZ, J. M.^a (2001): “Intervención arqueológica de urgencia en la Batería Duque de Nájera (Rota, Cádiz), 1996-1997”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 1997. Sevilla, pp. 116-127.
- LAVADO FLORIDO, M^a L. (2010): “Memoria Preliminar de Excavación Arqueológica en la Plaza Mayor de Chiclana de la Frontera (Cádiz)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 2006. Sevilla, pp. 234-260.
- LEIVA SÁNCHEZ, J. (2010): *El Puerto de Santa María a través de sus gentes, sus calles, sus tierras, sus playas...* El Puerto de Santa María.
- LÓPEZ AMADOR, J. J.; PÉREZ FERNÁNDEZ, E. y RUIZ GIL, J. A. (1988): “Repoblación medieval en El Puerto de Santa María”, *Revista de Arqueología* n° 82. Madrid, pp. 34-43.
- LÓPEZ COLON, M^a M. (1999): *Pipas de arcilla halladas en Gipuzkoa; Aproximación a su catalogación arqueológica y tipológica*. Colección Hurbil, 1. Gipuzkoa.
- LÓPEZ ROSENDO, E. (2008): “El alfar romano altoimperial del Jardín de Cano (El Puerto de Santa María, Cádiz. España) en el contexto económico de Gades”, *Revista Historia de El Puerto* n° 41. El Puerto de Santa María, pp. 39-74.
- _____ (2010a): “Los talleres alfareros del Jardín de Cano (El Puerto de Santa María, Cádiz): la producción cerámica de Gades en torno al cambio de era”, *Actas del 26th Congress of the REI CRETARIAE ROMANAE FAUTORES* “Working with Roman Kilns: Conducting archaeological research in Pottery Production Centres”, Acta 41. Bonn, pp 411-419.
- _____ (2010b): “La necrópolis de la Ermita de Santa Clara (El Puerto de Santa María, Cádiz), siglos XVI-XIX”, *Revista Historia de El Puerto* n° 45. El Puerto de Santa María, pp. 9-75.
- _____ (2010c): “Arqueología de época moderna en una vivienda burguesa de Jerez de la Frontera (Cádiz). Intervención arqueológica preventiva en la c/ Corredera 39”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 2005. Sevilla, pp. 280-294.
- _____ (2010d): “Los alfares del Jardín de Cano (El Puerto de Santa María, Cádiz). Intervención Arqueológica Preventiva de 2006”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 2006. Sevilla, pp. 208-224.
- _____ (en prensa): “Intervención Arqueológica Preventiva c/Arzobispo Bizarrón n° 9, en el Barrio Alto de El Puerto de Santa María (Cádiz)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía de 2010*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Sevilla.
- LÓPEZ ROSENDO, E. y TORRES ORTIZ, M. (en prensa): “Resultados de la Actividad Arqueológica Preventiva desarrollada en la c/ Virgen de los Milagros n° 75. Plaza de Isaac Peral, El Puerto de Santa María (Cádiz)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía* de 2008. Sevilla.
- MARTÍNEZ CAVIRÓ, B. (1984): *Cerámica de Talavera. Artes y artistas*, Madrid.
- MESQUIDA GARCÍA, M. (1992): “Un pueblo alfarero medieval: Paterna (Valencia). Estudio etno-arqueológico y documental”, *Actas das 1.^{as} Jornadas de Cerámica Medieval e Pós-Medieval*. Orihuela, pp. 229-245.

- OCAÑA RODRÍGUEZ, E.; RAMÍREZ MARTÍN, R.; RODRÍGUEZ GUERRA, M.^a C. y VILLEGAS ZAPARDIEL, D. (2006): *Alfarería popular de la provincia de Toledo. Colección del Museo de Santa Cruz. Museo de Cerámica Ruiz de Luna*. Talavera de la Reina.
- ORTIZ GARCÍA, C.; FERNÁNDEZ MONTES, M. y CARRETERO PÉREZ, A. (1981): *Alfarería popular en Andalucía Occidental II: Sevilla y Cádiz*. Etnografía Española 2. Madrid.
- PÉREZ PÉREZ, C. J. y LÓPEZ ROSENDO, E. (2001): “Ocupación y función del solar de la antigua bodega de la C/ Zarza nº 3. Aportación arqueológica a la Historia de El Puerto de Santa María”, *Revista Historia de El Puerto* nº 27. El Puerto de Santa María, pp. 11- 64.
- PLEGUEZUELO HERNÁNDEZ, A. (1999): “Lozas y vida monástica: las vajillas de La Cartuja de Jerez de la Frontera (Cádiz)”, *Analecta Cartusiana* nº 150, *Los Cartujanos en Andalucía*, Tomo 2. Universität Salzburg, pp. 245-272.
- _____ (2000): “Cerámicas para agua en el barroco español: una primera aproximación desde la literatura y la pintura”, *Ars Longa* 9-10. Valencia, pp. 123-138.
- PLEGUEZUELO HERNÁNDEZ, A.; HUARTE, R. SOMÉ, P. y OJEDA, R. (1997): “Cerámicas de la Edad Moderna (1450-1632)”, Coord. TABALES, M. A.: *El Real Monasterio de San Clemente. Una Propuesta Arqueológica*. Universidad de Sevilla-Fundación El Monte. Sevilla, pp.130-157.
- REINOSO DEL RÍO, M. C. y J. M. GUTIÉRREZ LÓPEZ (2010): “Arqueología extra-muros de la Villa. La excavación en Torre de la Merced”, J. M. GUTIÉRREZ (ed.): *De la Prehistoria as la Rábita y la Villa. Arqueología de Rota y la Bahía de Cádiz*. Fundación Alcalde Zoilo Ruiz-Mateos. Rota, pp. 293-324.
- ROMERO MEDINA, R. (2011): “Los artifices de la obra tardogótica del Monasterio de La Victoria de El Puerto de Santa María: maestros oficiales y abastecedores (1522-1544)”, *Revista Historia de El Puerto* nº 47. El Puerto de Santa María, pp. 25-48.
- RUIZ GIL, J. A. (1996): “Cerámicas de la Edad Moderna halladas en Puerto Real (Cádiz)”, *Actas de las III Jornadas de Historia de Puerto Real*. Puerto Real, pp. 91-99.
- _____ (1997): “Cerámicas del siglo XVIII depositadas en el Museo de Cádiz procedentes del relleno del muelle pesquero de la ciudad”. *Boletín del Museo de Cádiz* VII (1995-1996). Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Cádiz, pp. 133-140.
- _____ (1999): *Arqueología de la Bahía de Cádiz durante la Edad Moderna*. Tesis doctoral. Universidad de Huelva. Repositorio institucional de la Universidad de Huelva (2010), <http://hdl.handle.net/10272/2733>. Actualmente proyecto ID 2273, ISBN 978-3-8454-8652-9, de Editorial Académica Española.
- _____ (1999.2): “Cerámicas de la Edad Moderna en el Museo Arqueológico de Jerez de la Frontera, Cádiz”, *Anuario Arqueológico de Andalucía de 1995*. Tomo II. Actividades Sistemáticas Sevilla, pp. 26-31.
- _____ (2004): “Cerámicas portuguesas de la Edad Moderna en la Bahía de Cádiz”, *Actas do II Encontro de Arqueologia do Sudoeste Peninsular* (1996, Faro,

- Portugal). Promontoria Monografica 01. Universidade do Algarbe. Faro, pp. 265-270.
- _____ (en prensa): “Cerámica de la Edad Moderna en la Bahía de Cádiz: la producción holandesa”, *Congreso Internacional de Estudios Cerámicos. Homenaje a Mercedes Vegas* (Cádiz, 1-5 noviembre de 2010). Universidad de Cádiz. Cádiz.
- _____ (en prensa): “Portuguese pottery of Modern Age find in the Cadiz Bay, Spain”. *Velhos e Novos Mundos. Congresso Internacional de Arqueologia Moderna* (Lisboa, 6-9 abril de 2011). Lisboa.
- RUIZ GIL, J. A. y LÓPEZ AMADOR. J. J. (1997): “Aplicación de la metodología arqueológica a las Edades Moderna y Contemporánea”, *Revista de Arqueología* 189. Madrid, pp. 22-31.
- VALOR PIECHOTTA, M. y CASQUETE DE PRADO, N. (1993): “La Torre de La Plata de Sevilla. Memoria de la excavación arqueológica practicada en su cámara inferior”, *Anuario Arqueológico de Andalucía de 1989*. Sevilla, pp. 432-436.
- VV. AA. (2002): *Cádiz al fin del milenio. Cinco años de arqueología en la ciudad (1995-2000)*. *Catálogo de la Exposición*. Museo de Cádiz. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía y Caja San Fernando. Cádiz.
- VV.AA. (2005): *Portuguese faience. Guide*. Museu Nacional de Arte Antiga. Instituto Português de Museus. Lisboa.

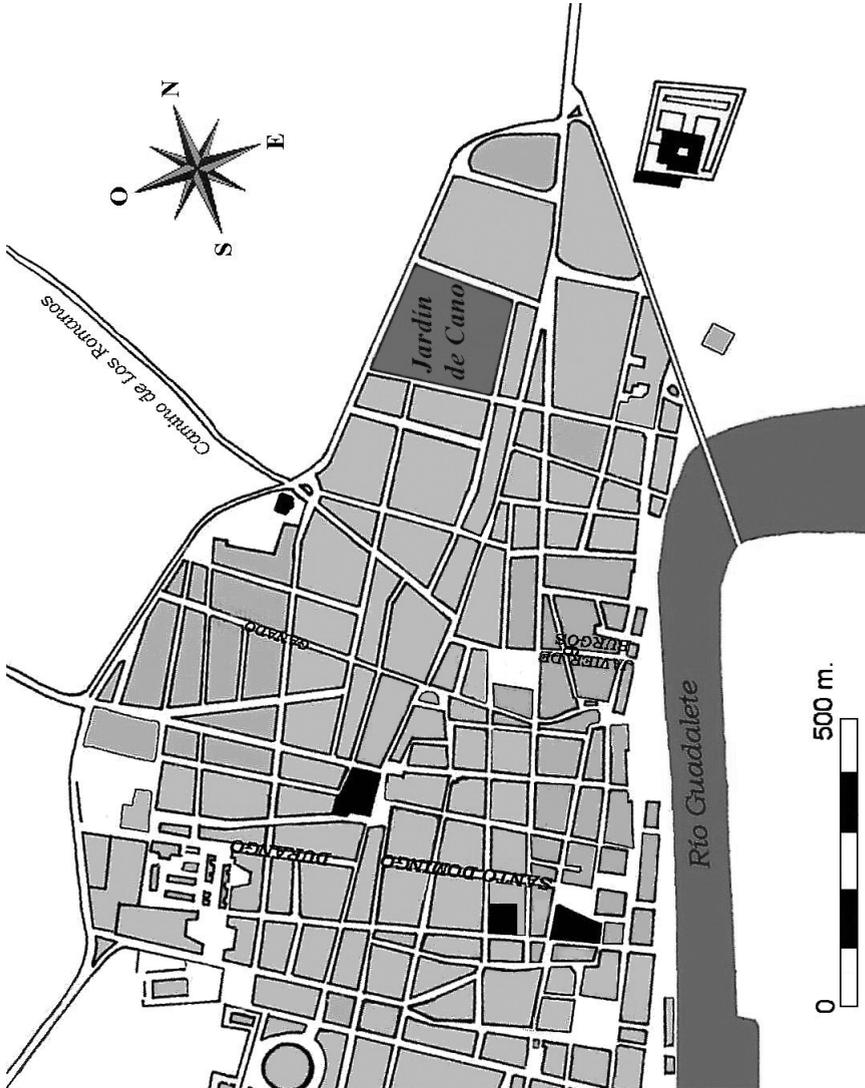


Figura 1: Plano del conjunto urbano de la ciudad de El Puerto de Santa María, con la localización del solar del Jardín de Cano.

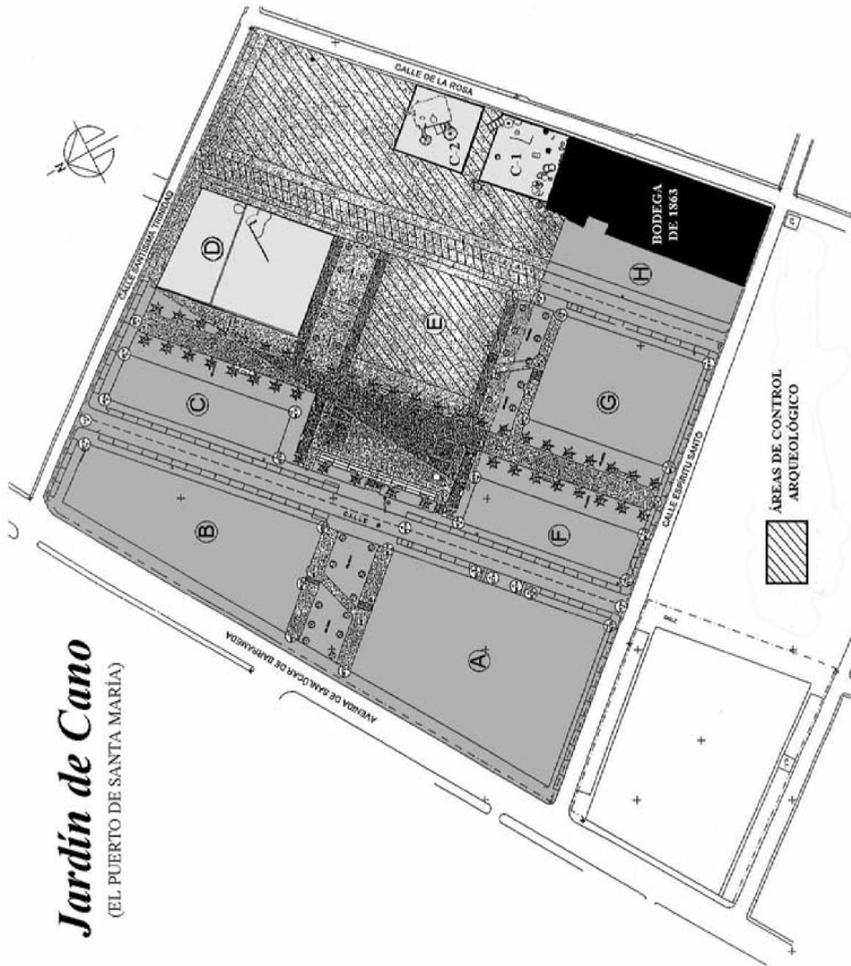


Figura 2: Plano general de la manzana completa del solar del Jardín de Cano.

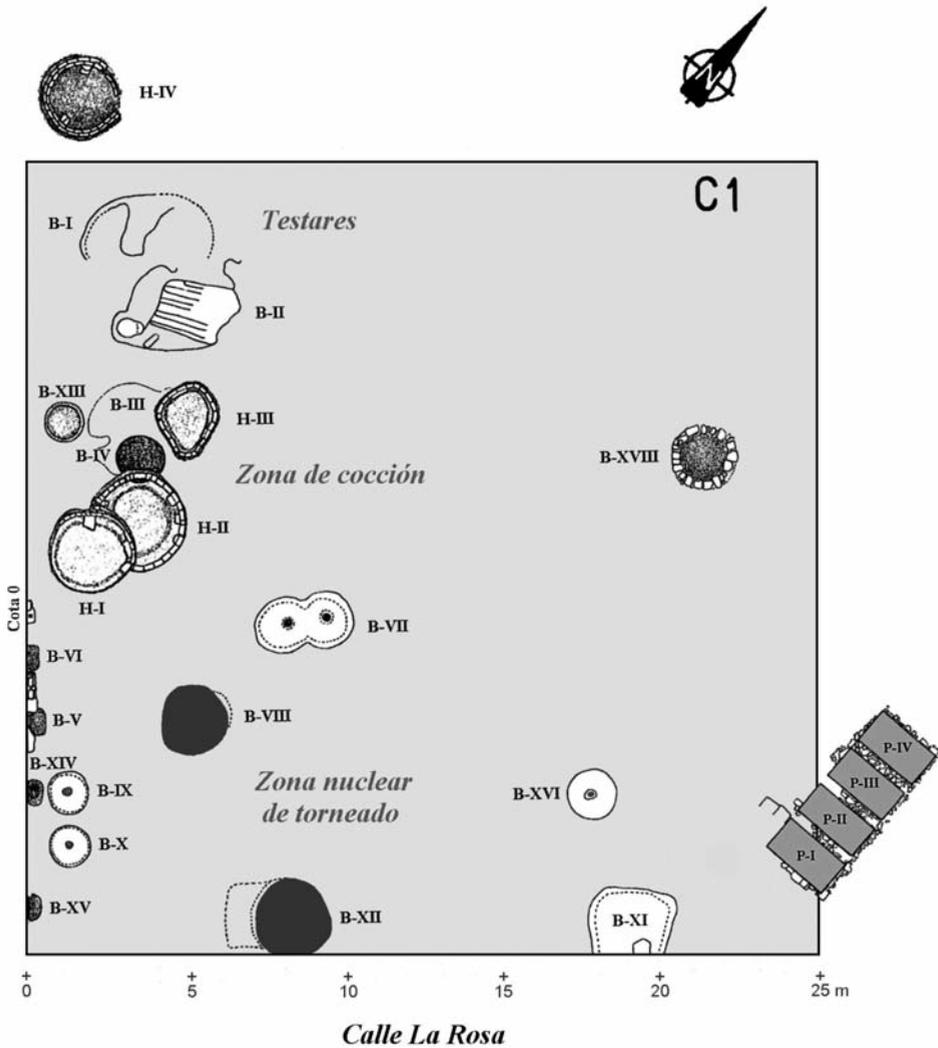


Figura 3: Planimetría completa de la cuadrícula C-1, donde se localiza el alfar de época moderna del Jardín de Cano y donde se señalan las diferentes áreas funcionales.

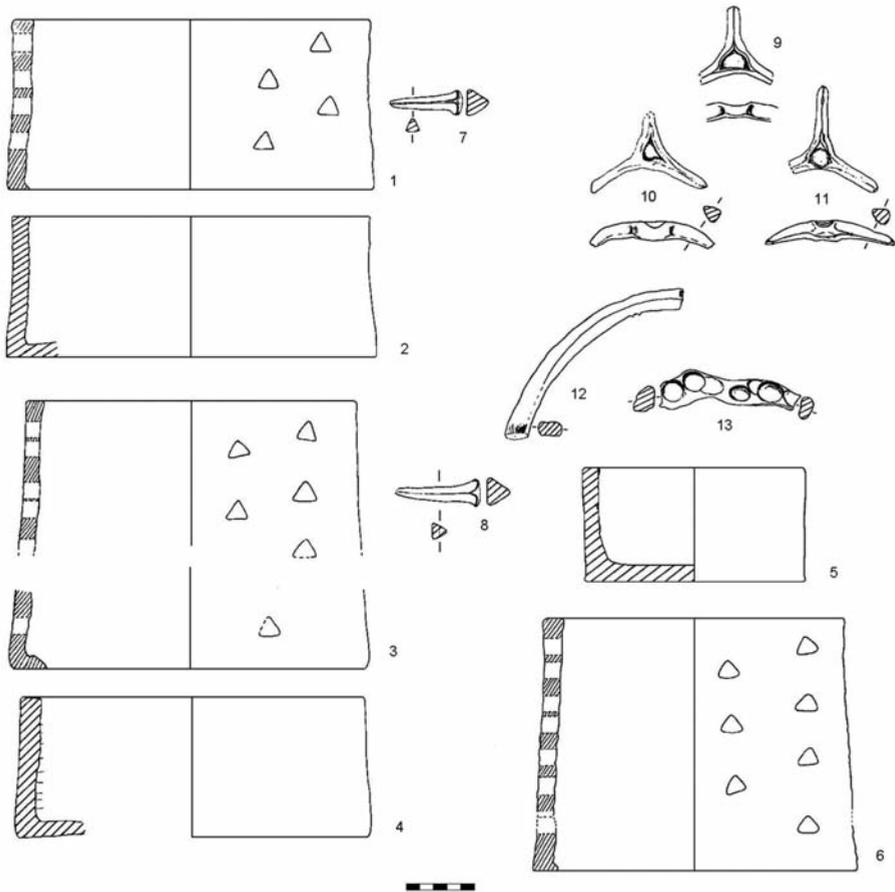


Figura 5: Instrumentos de alfar hallados en los testares del alfar del Jardín de Cano. Cobijas (n^{os} 1, 3 y 6), clavos-soportes para cobijas (n^{os} 7 y 8), soportes cilíndricos (n^{os} 2, 4 y 5), birlos (n^{os} 12 y 13) y atifles (n^{os} 9, 10 y 11)

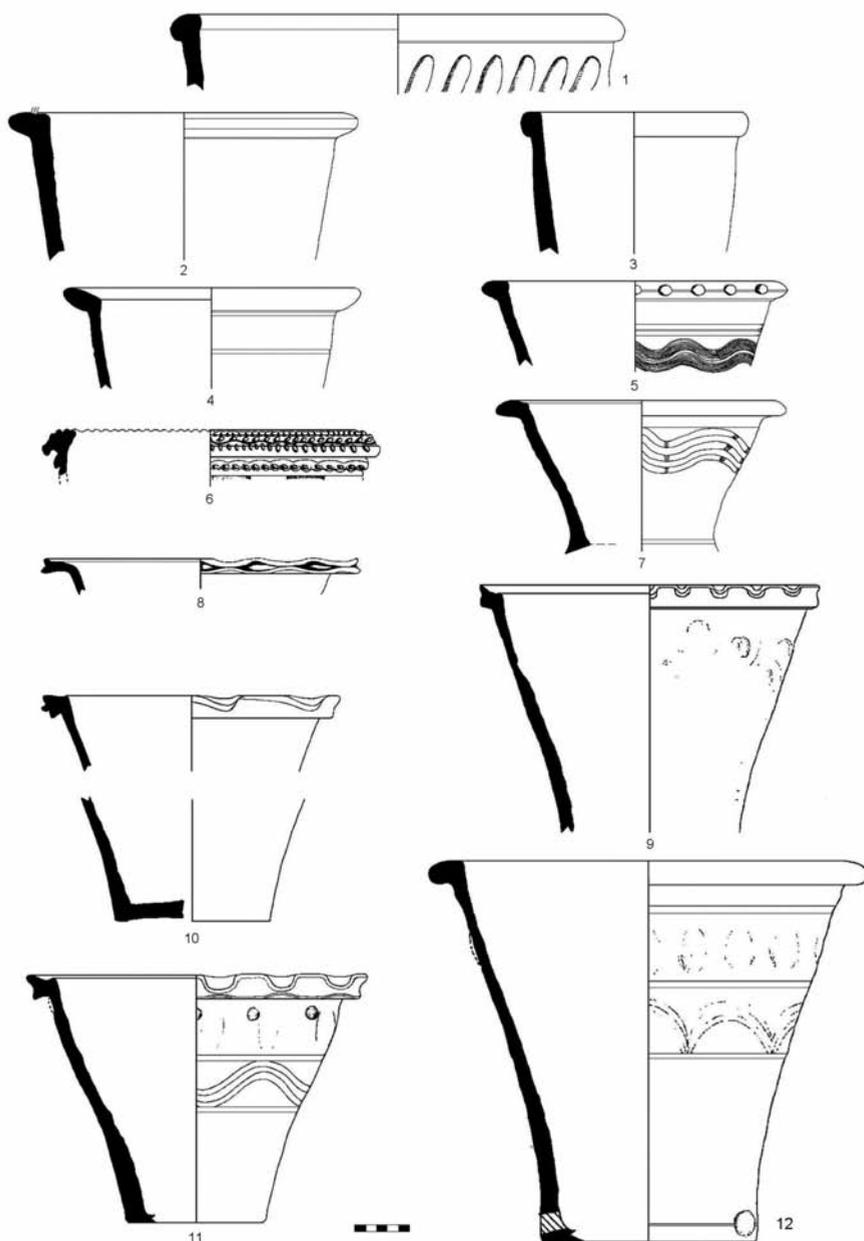


Figura 6: Serie bizcochada común. Tinaja (nº 1) y macetas (nºs 2-12)

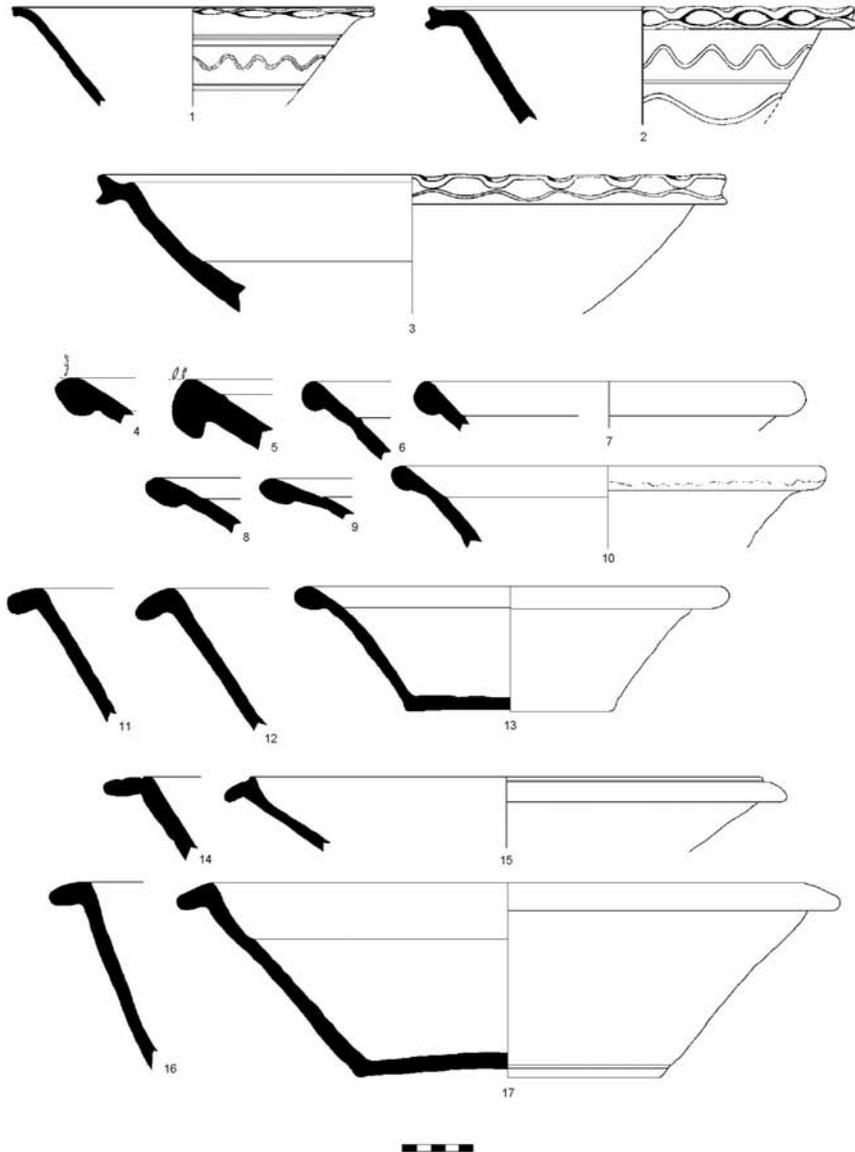


Figura 7: Serie bizcochada común. Lebrillos decorados (n^{os} 1-3) y comunes (n^{os} 4-17)

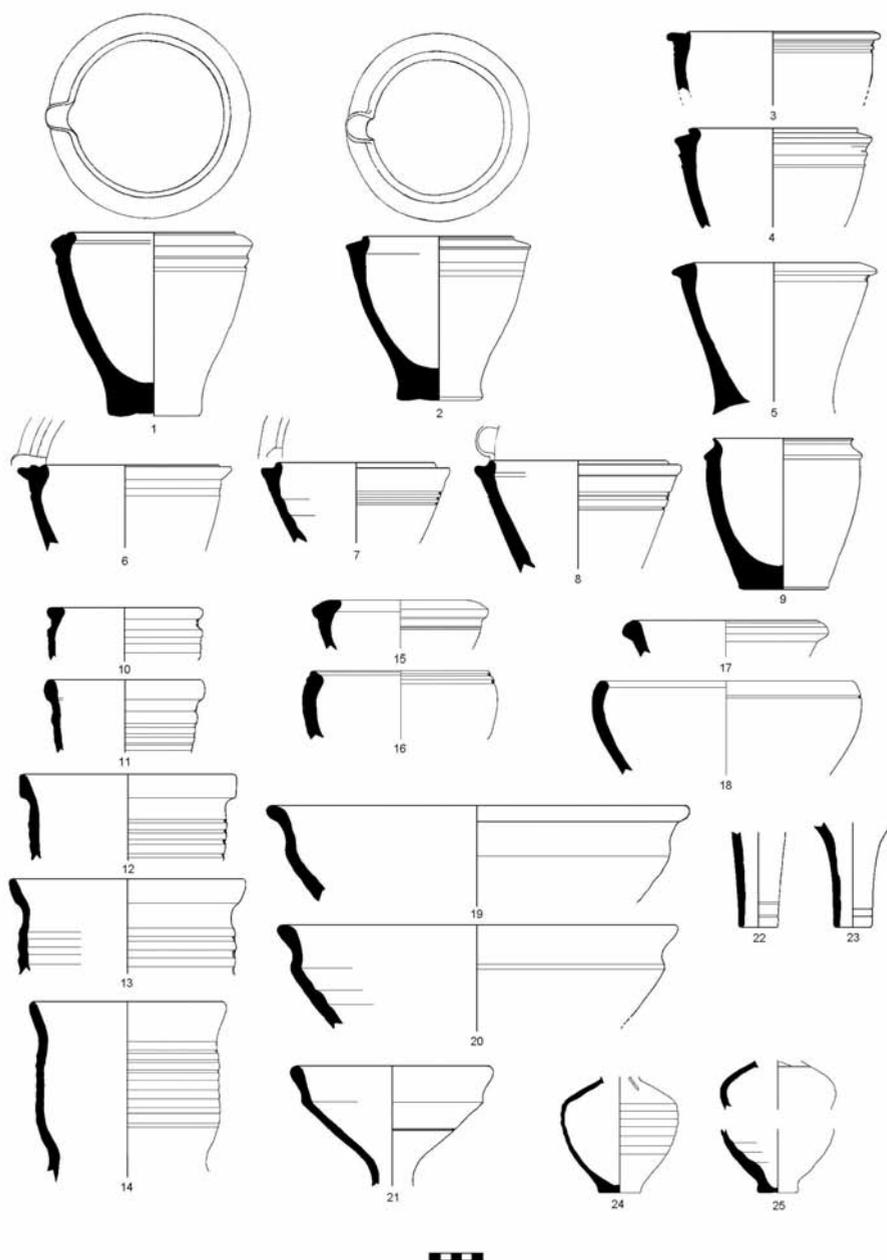


Figura 8: Serie bizcochada común. Morteros (n^{os} 1-9 y 15-17), canjilones de noria (n^{os} 10-14), embudos (n^{os} 19-23) y alcancías (n^{os} 24 y 25)

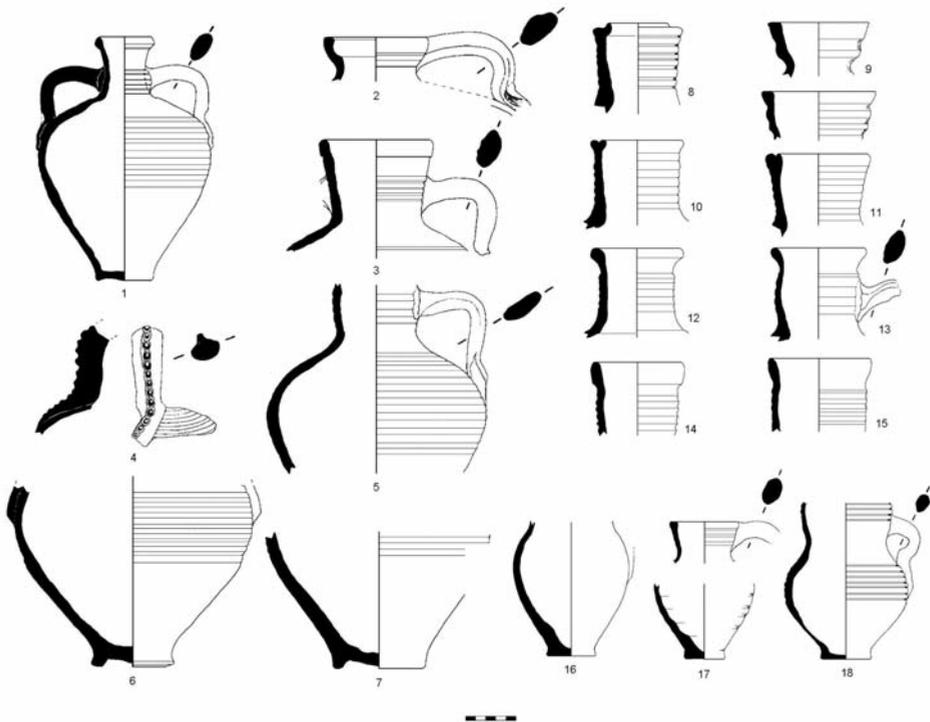


Figura 9: Serie bizcochada común. Cántaros (n^{os} 1-15) y jarros (n^{os} 16-18)

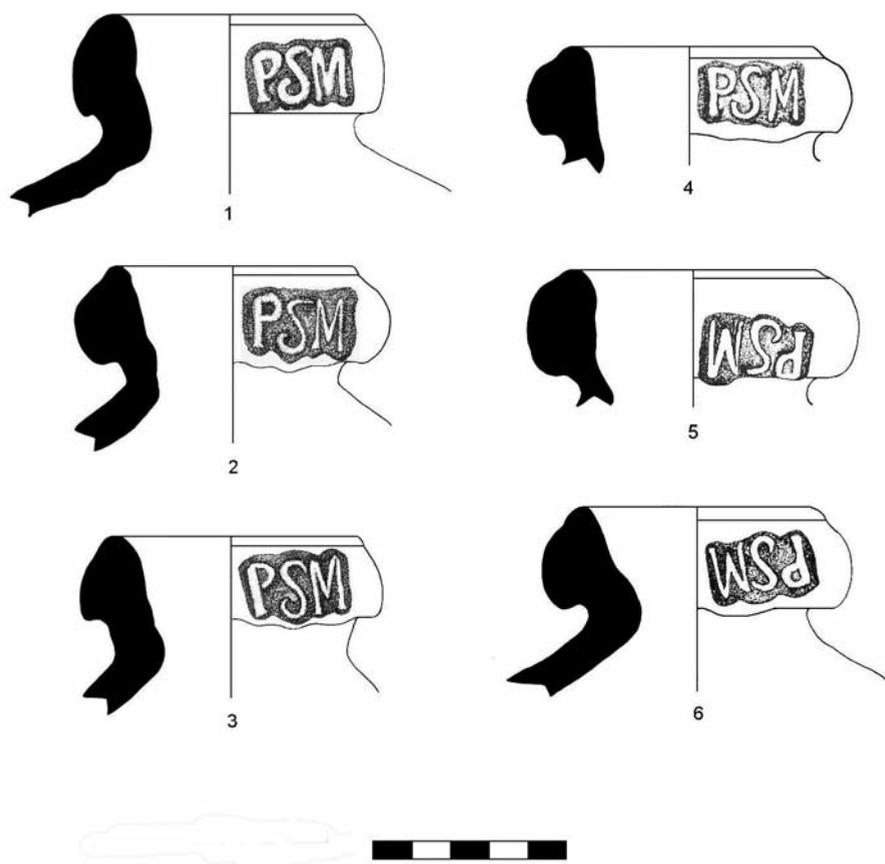


Figura 10: Anforetas de aceite con sello impreso en el borde “PSM”.

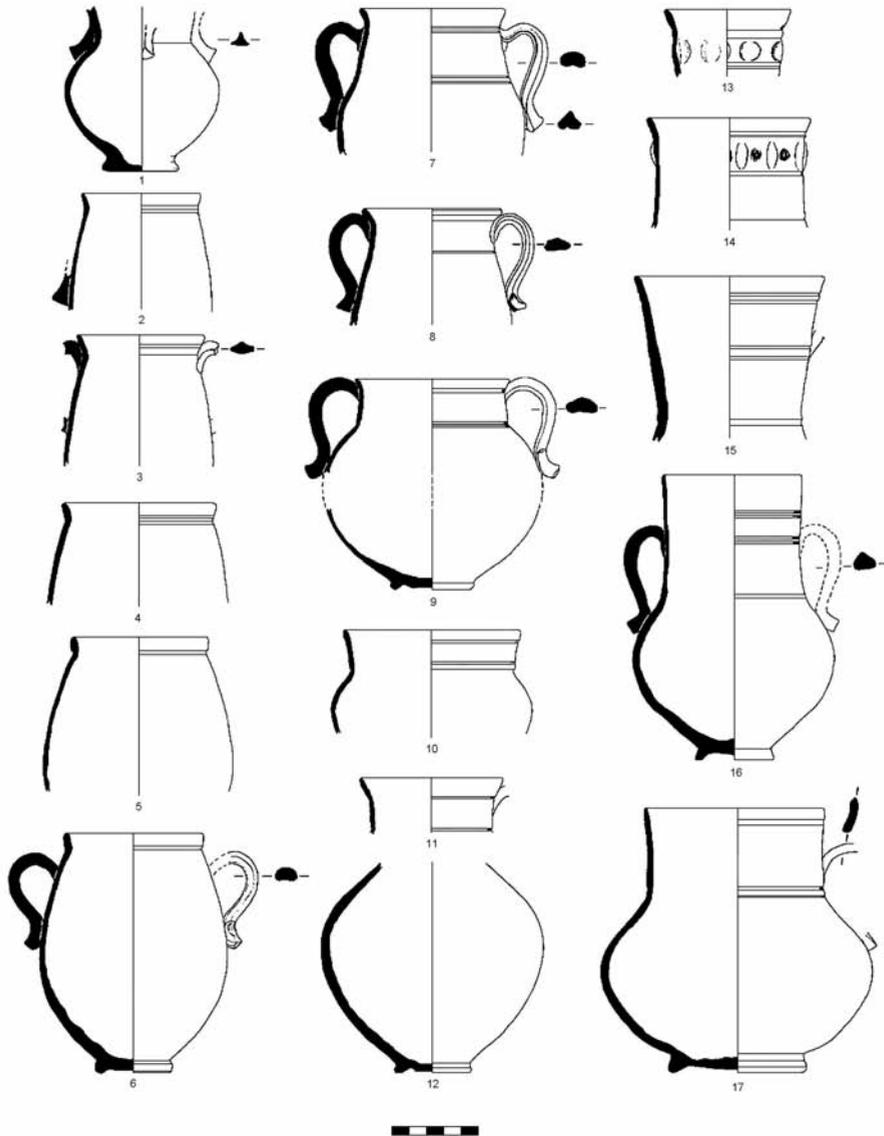


Figura 11: Serie bizcochada de “Paredes Finas”.

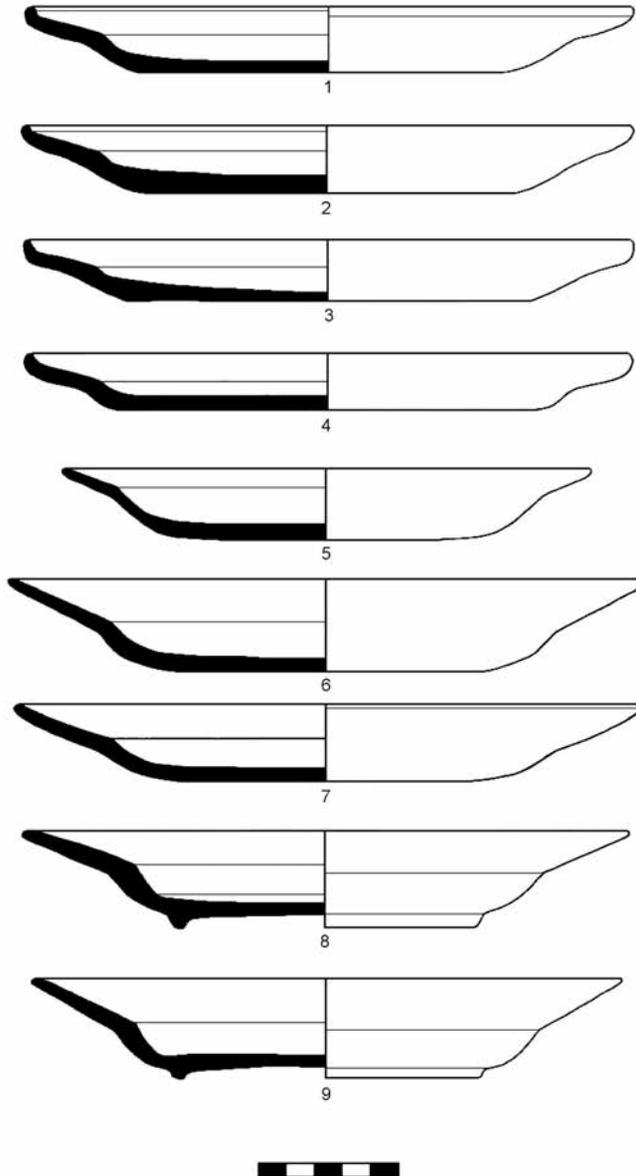


Figura 12: Platos de loza fabricados en el alfar del Jardín de Cano.

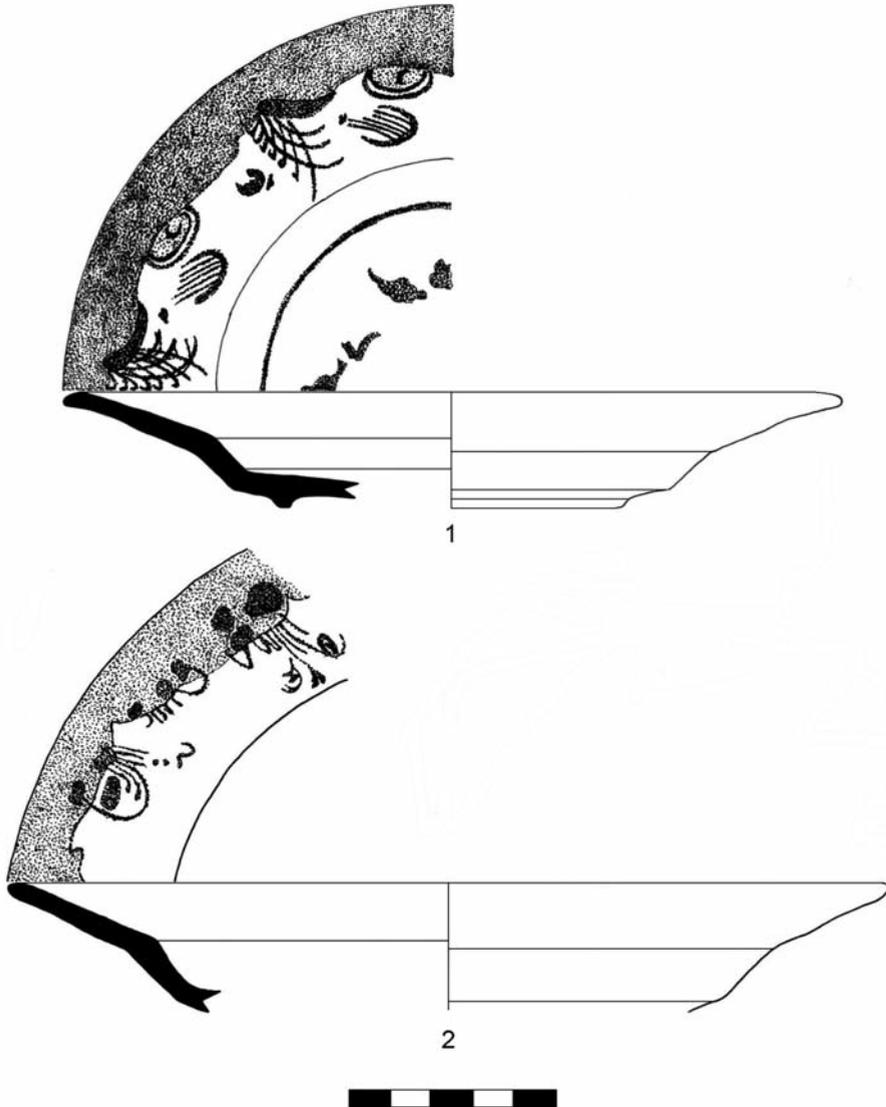


Figura 13: Platos de la serie “azul sobre blanco” hallados en los testares B-I (nº 1) y B-II (nº 2) del Jardín de Cano.

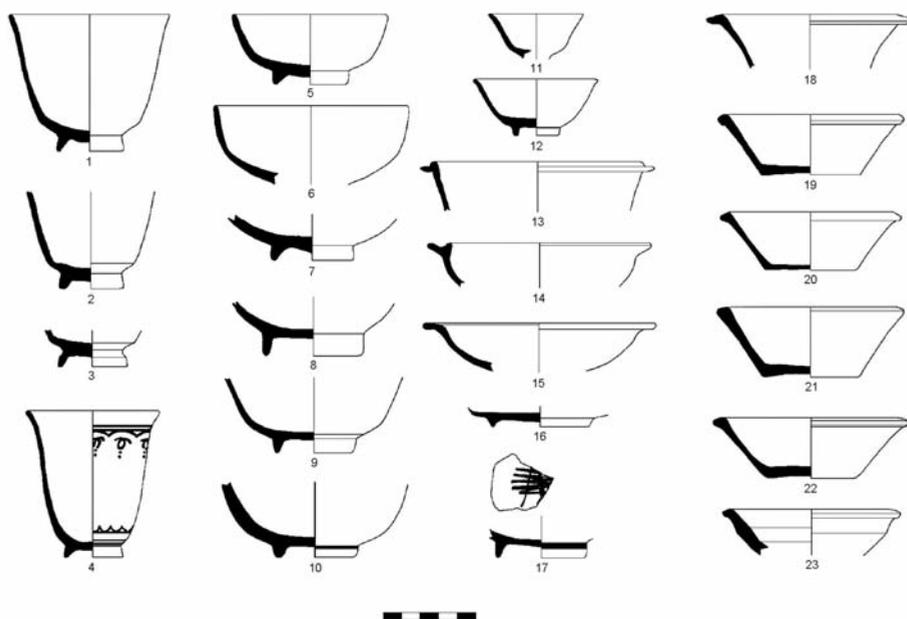


Figura 14: Jícaras (n^{os} 1-4), escudillas (n^{os} 5-17) y cuencos (n^{os} 18-23) de loza esmaltada en blanco. El n^o 17 presenta pintada por el interior una marca alfarera en “azul sobre blanco”.

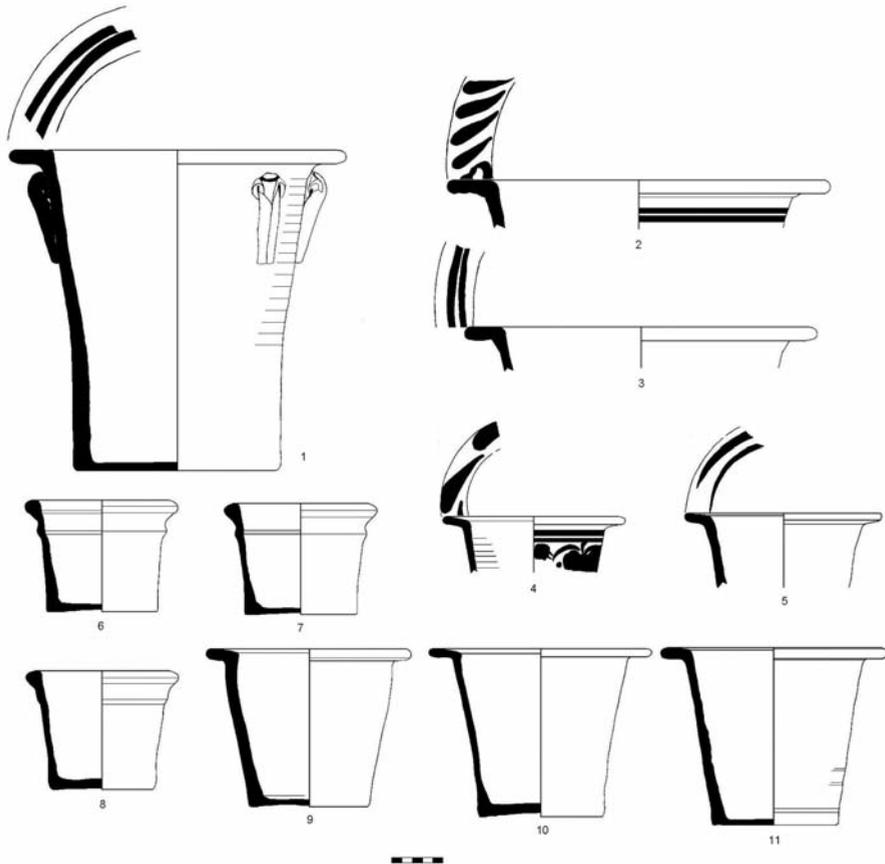


Figura 15: Bacines.

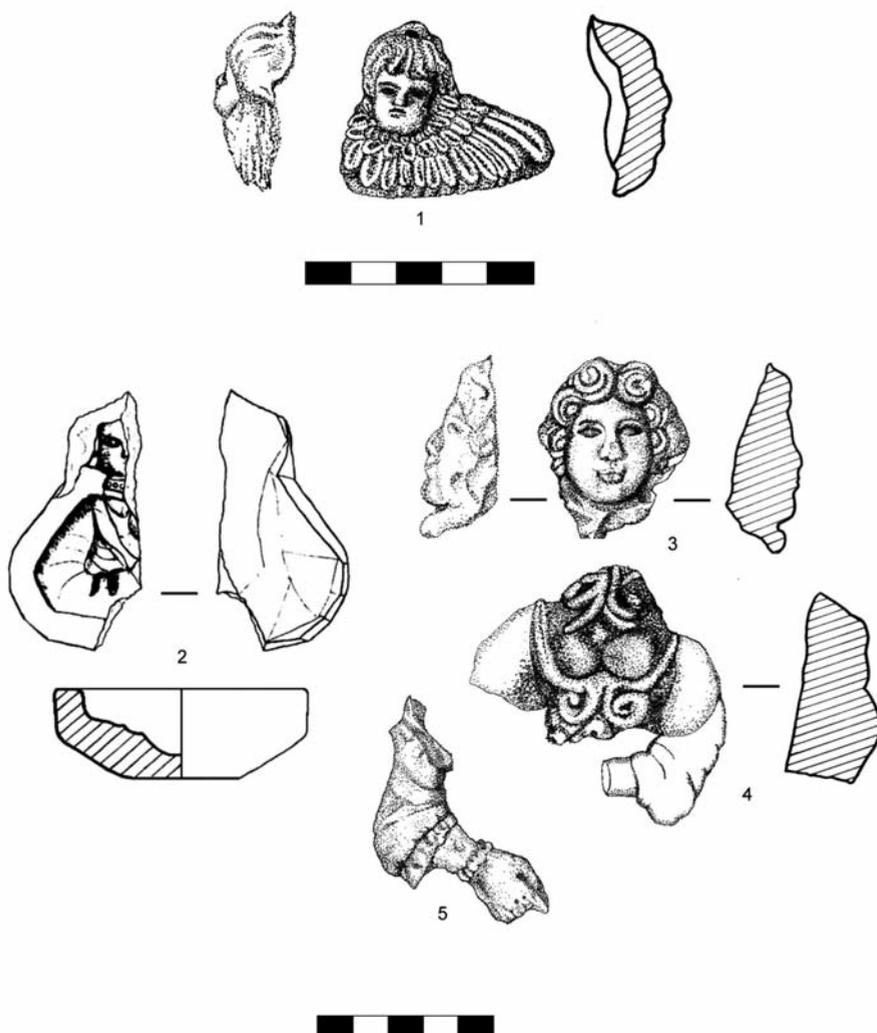


Figura 16: Terracotas antropomorfas. Angelote (nº 1), molde (nº 2) y base positiva de terracota femenina (nº 3).

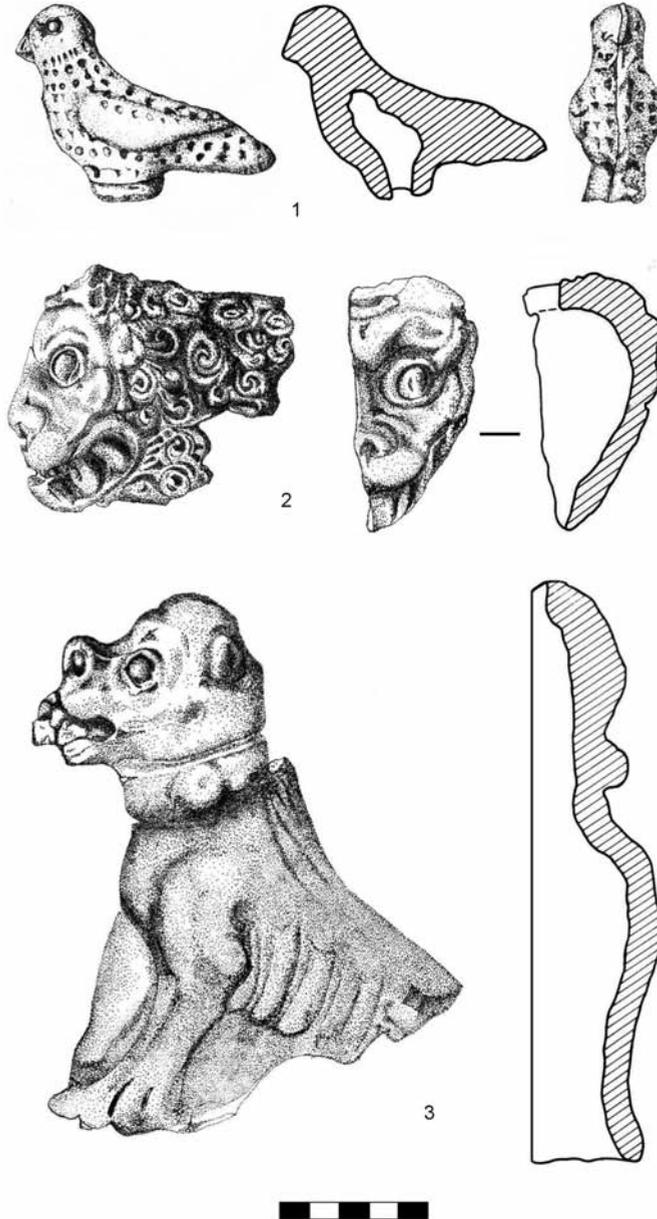


Figura 17: Terracotas zoomorfas. Paloma (nº 1), cabeza de león (nº 2) y perro (nº 3).



Ilustración 1: Fotografía del torno alfarero B-X, con la piedra fija en el fondo.



Ilustración 2: Fotografía de los hornos alfareros de época moderna del Jardín de Cano.



Ilustración 3: Fragmento de plato policromo hallado en el testar B-I del Jardín de Cano decorado con escena de montería.